EL NUMERO UNO

GLENN PARRISH



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

EL NUMERO UNO

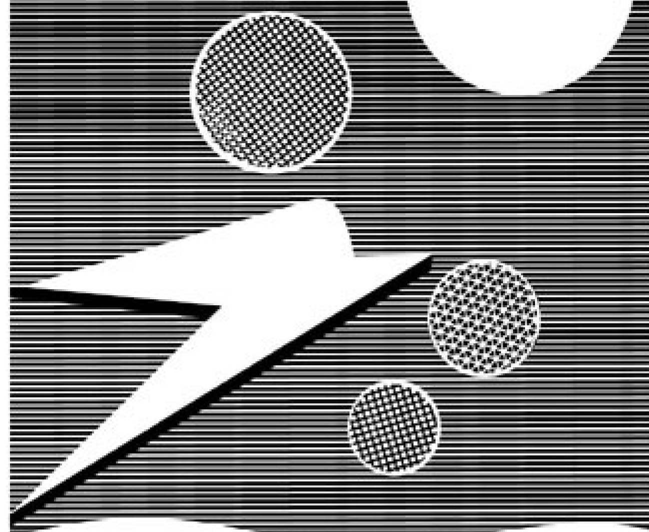
GLENN PARRISH



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

43 – Morir es un error, *Peter Debry*.

44 – La otra tierra, *Glenn Parrish*.

45 – Cyborg, *Curtís Garland*.

46 – Más allá de Katmandú, *Peter Debry*.

47 – Los mercenarios de las estrellas, *A. Thorkent*.

GLENN
PARRISH

EL NUMERO UNO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 48

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 19.812 - 1971

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1971

CAPITULO PRIMERO

El visitante se sentía admiradísimo.

—Sí, amigo mío —dijo Gnar Lacklon—, nosotros nos sentimos satisfechos y muy contentos con nuestro actual Sistema y, créame, el porcentaje de los que quisieran cambiarlo no asciende siquiera al uno por diez millones o quizá uno por veinte millones.

Dicho lo cual, Gnar Lacklon se arregló con visible afectación los pliegues de la túnica tornasolada que vestía, mientras estudiaba secretamente orgulloso la expresión del visitante.

—De modo que en cualquier momento pueden conocer ustedes un pensamiento hostil al Sistema —dijo el visitante.

—Así es, amigo mío —contestó Lacklon, miembro del Gran Consejo de Psicoseñores, con el cargo de Primer Psicoguardián—. Imagino —añadió benevolentemente— que le agradará conocer la forma en que detectamos un eventual pensamiento hostil al Sistema.

—Si no tiene inconveniente... —rogó el visitante.

—Ninguno, desde luego —accedió Lacklon—. Aunque me temo que la explicación, tal vez, haya de ser algo prolija.

—Por favor, amigo mío, estoy aquí para escuchar.

Lacklon hizo una breve inclinación de cabeza.

—Ello se debe en primer lugar a la necesidad que el ser humano ha tenido siempre de estar protegido y salvaguardado contra agentes perturbadores, tanto internos como externos. Pero en el momento en que los agentes externos desaparecieron, quedaron solamente los internos, es decir, los que actuaban entre nosotros. Era preciso, pues, suprimirlos, y aquí es donde entra el maravilloso descubrimiento de nuestro gran Yarh Yar- dux...

Lacklon hizo una reverente inclinación de cabeza, a Ia vez que juntaba piadosamente las manos.

—Nuestro guía y nuestra luz —dijo.

Carraspeó un poco y continuó:

—Repito que se necesitaba suprimir Ia fuente interna de perturbaciones de la sociedad y ello era solamente posible con un estricto y total control del pensamiento humano. El descubrimiento del gran Yardux lo posibilitó.

»Una vez que nuestro amado Yardux encontró el medio, sólo faltaba ponerlo en práctica. Primeramente se emplearon armarios de control, es decir, grandes cajones de dos metros de altura por uno de anchura, con numerosísimas lamparitas, cada una de las cuales correspondían a un ser humano, con su correspondiente numeración.

»Las lámparas adoptaban distinto color según el pensamiento de la persona controlada; así amarillo claro para los pensamientos normales, amarillo fuerte si los pensamientos empezaban a rebasar cierto límite no peligroso aún, pero sí nocivo, y anaranjado y rojo para los grados de peligro, del que el último era el máximo.

»E1 color blanco significaba que el controlado estaba durmiendo y, por tanto, su pensamiento permanecía inactivo; el verde era para los niños de hasta diez años y, Analmente, el violeta significaba el fallecimiento de la persona controlada. En total, había dos mil quinientas lámparas por cada metro de superficie de los armarios de control. Cada armario, por tanto, contenía el control de cinco mil personas.

»Naturalmente, era preciso ampliar la superficie de control y se construyeron infinidad de armarios, pero entonces surgieron dos inconvenientes: uno humano y otro material.

»E1 inconveniente material fue que, para controlar de un modo absoluto a los diez mil millones de personas que vivían entonces sobre el planeta, se habrían necesitado dos mil kilómetros de armarios, para una superficie de control de cuatro millones de metros cuadrados. Y teniendo en cuenta que cada controlador vigilaba solamente dos armarios, se hubieran necesitado un millón de personas por cada turno de vigilancia, cuatro millones en total para cuatro tumos.

«Teóricamente, era posible. Cada vez que un vigilante veía aparecer el color anaranjado o rojo en una lámpara, tomaba nota de la cifra

personal de la persona controlada y la enviaba al Centro de Psicoguardia para su análisis y ulterior decisión. Pero así no se podía seguir.

»Cada vigilante, como he dicho, tenía a su cargo una superficie de cuatro metros cuadrados, lo que significaba diez mil lamparitas en constante funcionamiento. .AI principio, los turnos eran de seis horas, pero luego se rebajaron a cuatro. Ni siquiera así se pudo continuar.

»La vigilancia debía ser muy estricta. Los ojos del vigilante debían estar continuamente fijos en las lámparas. Era enloquecedor contemplar cuatro horas seguidas diez mil lámparas que adoptaban colores cambiantes casi a cada minuto. Algunos sufrieron *shocks* psíquicos irrecuperables.

«Entonces fue cuando el venerado Yardux halló la segunda fórmula que, ésa sí, es la definitiva.

Lacklon hizo una pausa. Abrió una cajita delicadamente tallada y ofreció al visitante una pastilla. Después de saborear la «stymulina», Lacklon prosiguió:

—No era posible, repito, continuar con el método de las cajas o armarios de control, puesto que, además de que el sistema de vigilancia se iba extendiendo, hubiéramos tropezado con diferencias casi insalvables, tanto de material como de personal. Así llegó la solución.

»Es la que ahora empleamos. Nada de lámparas de control ni, casi, hombres de vigilancia. Las máquinas, se puede decir, lo hacen todo.

»Cada vez que un ser humano concibe un pensamiento nocivo para el sistema, es decir, para todos sus congéneres,. una perfectísima computadora registra ese pensamiento en lo que podríamos llamar primera instancia y lo clasifica, enviándola a una segunda computadora, que llamamos de análisis, en donde se localiza a la persona. Después, ya sólo se necesita enviar a una patrulla de la Psicoguardia para detener al delincuente y enviarlo a un centro de reeducación. Un par de docenas de personas atienden el Control General de Psicoguardia.

—Es maravilloso —alabó el visitante—. Pero, ¿cómo se puede detectar el pensamiento de una persona?

—Sería muy largo de explicar —manifestó Lacklon—, porque, como es sabido, el cerebro humano emite radiaciones eléctricas, de

distinta intensidad, según la clase de pensamiento. Así uno que piense en sucesos felices emitirá unas ondas de menor tensión eléctrica que uno que piense en matar o en algo hostil al Sistema, por ejemplo,

—Comprendo. Pero, a pesar de todo, ¿cómo se localiza a la persona?

—Es otro de los grandes descubrimientos del genial Yardux. Cada ser humano tiene un peso determinado: ochenta kilos, ochenta mil gramos, ochenta millones de kilos, pero no hay dos que pesen, por ejemplo, ochenta miligramos. Hay muchas personas que pesan ochenta kilos, trescientos gramos y ciento dieciséis miligramos.

—Comprendo. Un sistema semejante al de las huellas dactilares.

—Pero infinitamente más perfeccionado, amigo mío —dijo Lacklon —. Y por medio de una ecuación matemática, que sólo las computadoras saben resolver, se conoce el potencial eléctrico de una persona humana en relación con su peso, aunque varíe diez miligramos al perder una infinitesimal gota de sudor, por ejemplo, lo que permite su rápida localización.

—Su Yardux debe de ser un hombre genial —dijo el visitante, lleno de admiración.

Lacklon inclinó la cabeza.

—No ha habido ni habrá otro como él, y gracias a él, la humanidad vive tranquila desde hace muchísimos años —manifestó—. Controlado el pensamiento humano en su totalidad, los hombres son felices y ya no piensan en rebelarse. Nadie ataca a nadie y la felicidad en el planeta es absoluta.

—Me gustaría conocer al gran Yardux —dijo el visitante.

—Temo que eso va a ser imposible —contestó Lacklon—. Hace muchísimos años que el gran Yardux permanece aislado en su residencia, descansando de su larga y ajetreada vida de trabajo. Sólo, de cuando en cuando, se digna presidir el Gran Consejo de Psico-señores, del que yo soy miembro, indigno y escasamente representativo.

El visitante asintió y dijo:

—Ha sido una entrevista altamente instructiva. Me permitiréis que venga otro día, a fin de informar debidamente a mi Gobierno, para la

instalación de un sistema semejante de Psicoguardia, lo que contribuiría decisivamente a la tranquilidad pública en nuestro planeta.

—Seréis bienvenido en cualquier momento, amigo mío —aseguró Lacklon con benevolencia.

El visitante se puso en pie. Lacklon le acompañó hasta la puerta de su sobrio despacho, nada escaso de dimensiones, por otra parte.

Luego se acercó a im ventanal, desde el que contempló el esplendente panorama de la urbe, con el sol en el ocaso.

¿Era aquél el mejor método para conseguir la paz? ¿Un total y efectivo control sobre todas las mentes humanas?

Bueno, no; siempre quedaban algunos irreductibles, que no admitían el Sistema, pero a los cuales la Psicoguardia se encargaba de poner en condiciones de no alterar más la paz y el orden públicos.

Lacklon sacudió la cabeza.

No, no debía pensar peligrosamente. Aquel sistema era el mejor, porque era perfecto, porque lo había inventado el gran y único Yardux.

De pronto sonó un zumbador. Lacklon se volvió.

Una lamparita de señales titilaba en su interfono. Caminó pausadamente hacia la mesa y dijo:

—Habla el primer psicoguardián.

—Señor, informe de un incidente mental —dijo una voz.

—¿Grado de peligrosidad? —preguntó Lacklon.

—Máximo, señor.

—Bien, siga. ¿Cuál es la fórmula del sujeto?

—Como fórmula tiene la siguiente: V. E. H. 87.886.417,

—¿Reside en la capital?

—No, señor.

—Entonces es uno de los que el vulgo llama erráticos.

—Sí, señor.

—¿Y el nombre?

—Erin Hart, señor.

—Hart —repitió sordamente. Hizo una corta pausa y añadió—: Está bien, despache a una patrulla de la Psicoguardia, provista de localizador cerebral. Hart debe ser arrestado y enviado a un centro de psicoreeducación. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Lacklon se apartó del interfono.

—Hart, Hart..., siempre Hart —masculló—. Debemos acabar con él... o él acabará con el Sistema.

CAPITULO II

Desdeñando las aceras móviles, el hombre corría silenciosamente por las calles desiertas de la ciudad dormida. De pronto, oyó unos pasos y se desvió de su ruta.

Erin Hart no sentía el menor deseo de tropezarse con una patrulla de la Psicoguardia. Sabía que era buscado con ahínco y que, si lo atrapaban, iría a parar a un sitio del que saldría convertido en un dócil y obediente ciudadano, integrado absolutamente en el Sistema.

Hart prefería su actual existencia, libre y, hasta cierto punto, sin complicaciones. Era un hombre joven, unos treinta años, alto, de pelo oscuro y ojos negros, con la piel tostada por la continua exposición a la intemperie. Pesaba casi noventa kilos, pero poseía la agilidad de un gato y la fortaleza de un hércules.

Dobló la siguiente esquina. Una desierta avenida apareció ante sus ojos.

—¡Puah, qué vida! —dijo despreciativamente—. Las diez de la noche y ni un alma en la calle.

Continuó corriendo. Había, por supuesto, aceras móviles de ciento veinte kilómetros a la hora, pero él prefería utilizar sus piernas.

Y también sus brazos cuando era necesario.

—El Sistema ha acabado con la iniciativa personal —masculló.

De pronto, alcanzó un edificio, como todos, de forma cúbica y con un número igual de ventanas en cada una de sus fachadas.

—Colmenas, hormigueros..., establos para los humanos —calificó desdeñosamente.

Hart vestía una blusa corta, con las mangas subidas más arriba de los codos, y pantalones ajustados a las piernas. Debajo de la blusa llevaba una soga que desenrolló sin pérdida de tiempo.

Al extremo de la soga había un gancho forrado. Hart elevó la vista y calculó la distancia. La ventana buscada estaba en un tercer piso.

El gancho salió disparado hacia arriba y se enganchó en el alféizar. Hacía buen tiempo y muchas de las ventanas estaban abiertas.

Hart trepó ágilmente por la cuerda, saltó el antepecho y corrió las cortinas. Luego, en voz baja, llamó:

—Benno, Benno...

Se oyó un pequeño grito de sorpresa. Luego se encendió la luz.

Hart se quedó parado. Una mujer le miró con los ojos desmesuradamente abiertos, sentada en la cama, el pecho cubierto pudorosamente por el embozo de las sábanas.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Por qué ha entrado en mi casa?

Hart estaba desconcertado.

—Dispense —contestó—. Creo que me he equivocado.

—¿Cómo?

~-Yo buscaba la casa número seiscientos diecisiete, calle Ochenta y Nueve, tercera planta, séptima puerta —manifestó.

—Es ésta —dijo ella.

Hart paseó la vista por la habitación, con detalles típicamente femeninos.

—No sabía que Benno se hubiera casado —dijo.

—No conozco a su amigo —contestó ella—. Aquí vivo yo sola y me llamo Fulvia Zallán, número...

—No me diga el número, detesto las cifras —cortó Hart—. ¿Por qué está usted aquí, Fulvia?

—El anterior ocupante fue enviado hace días a un centro de psicoreeducación y a mí me asignaron su habitáculo. Eso es todo lo que sé.

Hart apretó los labios.

—De modo que lo han cazado —dijo.

-¿Eh?

—Nada —rezongó Hart—. He tenido mala suerte, eso es todo. Dispénseme, Fulvia.

—Un momento —exclamó ella—. Todavía no sé quién es usted.

—Me llamo Erin Hart.

—No he oído nunca su nombre —confesó Fulvia.

—No es extraño —rió él—. Otros sí lo han oído y, si me echaran el guante, me ahorcarían.

—¿Qué? Eso es horrible, ya no se hace —dijo Fulvia, estremecida.

—Bueno, era sólo una metáfora. Pero los psicoguardias tienen muchas ganas de ponerme la mano encima.

Fulvia le miró extrañada.

—¡Vuélvase un momento! —rogó—. Voy a levantar-

Hart obedeció. Oyó ruido de ropajes y, poco después, la voz de Fulvia nuevamente:

—Ya estoy lista.

Hart giró de nuevo. Un brillo de admiración apareció en sus ojos.

Fulvia era una mujer joven, de formas rotundas, pero esbelta al

mismo tiempo, con una abundante cabellera dorada y de ojos verdosos. Su cuerpo estaba cubierto por un peto que dejaba al aire los hombros y la espalda y que se prolongaba por abajo en unos pantalones de color amarillo fuerte, que más parecían unas medias, tan ajustados estaban a sus piernas y caderas.

—Muy hermosa, sí, señor —dijo Hart sonriendo.

Ella se sonrojó ligeramente.

—No sé quién es usted, pero me parece que no abriga intenciones hostiles. ¿Quiere tomar algo, Erin?

—Una pastilla alimenticia y un vaso de leche —aceptó él agradecido.

* * *

El piso constaba de tres piezas: dormitorio, baño y una sala. En la sala había un gran armario, que era la dispensadora de alimento y bebida. La máquina había sustituido a la cocina.

Fulvia manipuló en el teclado de la máquina, que despidió a los pocos momentos una tableta y un vaso de leche.

—Gracias —dijo Hart—. Esas máquinas son maravillosas, pero tienen un defecto.

—¿Cuál, por favor? —preguntó Fulvia.

—Les falta el departamento del vino.

—¡Qué horror! Ya no se usan bebidas alcohólicas, usted debería de saberlo.

Hart soltó una corta carcajada.

—Eso será aquí, en la ciudad —contestó—. Yo conozco un sitio donde se elabora un vino magnifico.

Ella le miró con curiosidad.

—Creo que ya sé quién es usted —dijo—. Es un errático.

—Lo admito, Fulvia.

—Por lo tanto, no vive en la ciudad.

—Dios me libre, Fulvia.

—Pero... su existencia en el campo debe de ser mísera, terriblemente dura...

—Según se mire, Fulvia. Yo prefiero esa clase de vida. Y no soy el único.

—En la ciudad está todo resuelto: alimento, ropa, sanidad...

—Sí, y también están prohibidos los pensamientos nocivos.

Fulvia se puso seria.

—Es lógico —contestó—. ¿Por qué pensar mal de un sistema que cubre todas nuestras necesidades?

—Ya, ya —dijo él con sorna—. Sobre eso, habría mucho que hablar, Fulvia. Pero no es éste el momento de hacerlo. Quizá otro día... si se siente usted capaz de escuchar la traducción verbal de mis pensamientos nada gratos hacia el Sistema.

—Le agradeceré se ahorre sus críticas —pidió Fulvia—. Nadie debe pensar mal del Sistema, ni de los psicoseñores...

—Ni del grande y detestado Yardux, ¿verdad?

Fulvia se cubrió la cara con las manos.

—¿Cómo puede decir eso? —gimió—. Yardux es el ser más grande y más bueno que existe. Nos ha traído la calma y la tranquilidad espiritual y corporal...

—Convirtiendo al mundo en una manada de borregos, si es que conoce usted el significado de esa frase. Pero todavía hay seres humanos que aspiran a que su pensamiento sea libre y que no esté controlado por las máquinas que inventó el maldito Yardux, que será el huésped más distinguido del infierno cuando el diablo se lo lleve.

—Váyase, váyase —pidió ella, estremecida de horror—. No quiero oír nada más; siento que me voy a desmayar...

—No me extrañaría —rió Hart despiadadamente—. Con seguridad,

es la primera vez que oye poner verde a Yardux, ¿no es así?

Fulvia no contestó. Compadecido de la joven, Hart se acercó a ella y le puso una mano sobre el brazo.

—Algún día comprenderá usted la verdad, Fulvia. Quizá ahora yo le inspire repugnancia y asco, pero llegará momento en que pensará en que mi visita ha representado algo providencial para usted.

—¡No, no! —protestó Fulvia—. No debo pensar en nada nocivo ni hostil al Sistema. Váyase, se lo ruego.

Hart se dirigió hacia el dormitorio.

—Siento haber entrado por equivocación —manifestó—, pero ignoraba la captura de mi amigo. Adiós, Fulvia.

Ella guardó silencio. Hart apagó la luz del dormitorio y descorrió la cortina.

Pasó por encima del antepecho 'y empezó a resbalar por la cuerda. A mitad de su descenso oyó voces debajo de él.

—Lo tenemos muy cerca —dijo alguien—. El detector emite unas señales muy fuertes.

Hart bajó la vista.

Parados en la acera, justo debajo de donde él se encontraba, había tres hombres, cuyo uniforme los delataba como pertenecientes a la Psicoguardia. Uno de ellos tenía en la mano un aparato, con una antena y un osciloscopio, en el que aparecían y desaparecían rápidamente vivos destellos anaranjados.

Era un detector de actividades cerebrales. Hart se sintió invadido por una terrible cólera y, aunque estaba todavía a cuatro metros del suelo, se soltó de la cuerda.

La caída halló desprevenidos a los psicoguardias, que rodaron por el suelo, lanzando exclamaciones de sorpresa. Hart también cayó, pero, habituado a la vida de ejercicio, se recobró en el acto.

Los guardias, aunque aturdidos, empezaban a levantarse. Hart actuó de una manera devastadora.

Sus puños poseían una contundencia demoledora. El no tenía los músculos enmohecidos como los que vivían en las ciudades. Uno tras

otro, los guardias fueron cayendo, derribados por sendos golpes, capaces de fulminar a un buey.

Lo último que quedaba era el detector y Hart lo estrelló contra la pared.

Luego echó a correr.

Era preciso encontrar el centro de psicoreeducación al cual había sido conducido su amigo Benno Cairmont y sacarlo de allí antes de que fuese demasiado tarde.

O de lo contrario, saldría convertido en un animal con figura humana.

CAPITULO III

Fulvia Zallán aguardaba temerosamente en la antesala.

Había recibido un mensaje de uno de los componentes del Gran Consejo de Psicoseñores. Fulvia se preguntaba cómo era posible que una simple ciudadana ¡hubiese merecido llamar la atención de uno de aquellos altos cargos.

Una puerta se abrió y alguien le hizo una señal con la mano.

—Pase, por favor.

Fulvia se puso en pie y avanzó hacia la puerta. Gnar Lacklon se echó a un lado y le indicó una silla a continuación.

—Siéntese.

Fulvia titubeó un momento, mientras sentía sobre sí la penetrante mirada de Lacklon, un sujeto de mediana edad, alto, delgado y con un ligero principio de calvicie y de nariz aguileña.

Lacklon, por su parte, vio a una hermosa joven, de figura armoniosa y arrogante estatura, vestida con un traje de una sola pieza, que consistía en un peto y pantalones muy ajustados. El peto estaba sostenido por dos delgados tirantes, con lo que el resto del torso quedaba al descubierto, brazos incluidos.

Fulvia llevaba un pequeño bolso en las manos. Podía colgarlo de su cinturón, como si fuese una cartuchera, pero prefería tener las manos

ocupadas en algo.

—Gracias, señor —dijo al fin, mientras tomaba asiento a un lado de la sala.

—No me diga esa palabra anticuada —pidió Lacklon—. Mi nombre es Gnar.

—Sí, señ..., digo, sí, Gnar.

—Usted ya conoce mi cargo por el mensaje que le ha sido enviado.

—Sí, Gnar.

—Soy el primer psicoguardián. Ordinariamente, estos casos los despacha un psicoguardián de grado inferior, pero el asunto es excepcional.

—No comprendo —dijo Fulvia—. Creo no haber tenido pensamientos nocivos para el Sistema.

Lacklon tomó de la mesa una tarjeta de color amarillo fuerte.

—Corresponde a Fulvia Zallán, cifra HFZ-57.331.259 —dijo—. ¿Se da cuenta de lo que significa el color de esta tarjeta?

Fulvia se puso rígida.

—Pensamientos que bordean la peligrosidad, sin alcanzar todavía un grado pernicioso —contestó.

—Exactamente. Pero el color amarillo fuerte tiene, además, otro significado.

—¿Sí?

—Duda —expresó Lacklon secamente.

Fulvia guardó silencio.

—Significa que ha dudado del Sistema —continuó Lacklon—. Pero estoy por apostar que esa duda no ha surgido voluntariamente, sino por una influencia externa. ¿Me equivoco?

—Creo que no —admitió Fulvia.

Lacklon sonrió benevolentemente.

—Lo sé —dijo—. Usted no ha sido la culpable, sino el hombre que entró en su habitáculo ayer por la noche.

—La culpa no fue mía, Gnar.

—Lo sé. Nadie la culpará del incidente. Pero no es menos cierto que un sujeto llamado Erin Hart entró en su habitáculo.

—Dijo haberse equivocado —alegó Fulvia.

—¿Equivocado? —Lacklon arqueó las cejas.

—Sí. Buscaba al anterior ocupante de la vivienda.

—Ah, eso es muy interesante. ¿Cómo se llamaba ese ocupante?

—Benno Cairmont. Ignoro su cifra personal.

—El nombre me suena —murmuró Lacklon—. ¿Hizo más declaraciones aquel individuo?

Fulvia se estremeció.

—Me resisto a repetir lo que dijo —contestó.

Lacklon sonrió.

—No me extraña —dijo—. Hart es uno de los sujetos más repulsivos y perniciosos que existen sobre el suelo del planeta. Tenemos que atraparle pronto y acabar con el foco de peste que supone. Fulvia, ¿ha oído hablar alguna vez de una manzana podrida en un cesto de manzanas sanas?

—Sí.

—Pues eso es lo que es Hart. ¿Dijo para qué quería ver a Cairmont?

—No. Sólo se mostró… muy agresivo verbalmente. Ello conturbó mis pensamientos durante el resto de la noche.

Lacklon volvió a sonreír.

—Me lo imagino. Por eso no tomaremos en cuenta el informe emitido por la controladora del pensamiento. La culpa no es suya, Fulvia.

—Gracias, Gnar.

—Por cierto, ¿a qué se dedica usted?

—Ahora, a nada —contestó ella.

—¿Cómo?

—Hasta hace tres días, estaba de verificadora de suturas en una fábrica de tejidos. Se recibió una tarjeta ordenándome cesar en el puesto y asignándome una nueva vivienda, pero no se me ha encomendado otro trabajo.

—Es extraño. Cuando a una persona se la cambia de vivienda por cese en su anterior empleo, siempre se le asigna uno nuevo.

—En mi caso no ha sido así, Gnar —declaró Fulvia.

Lacklon suspiró.

—¡Ah, las computadoras! —exclamó—. También son humanas, si vale la palabra, y cometen errores. Aunque en este caso, sea un error del que se van a derivar beneficios.

—¿Para quién? —preguntó Fulvia.

—Para todos. De modo que usted no tiene empleo.

—No.

—Bien, creo que dentro de un par de días va a quedar una vacante en la Central de Control Psíquico. Le asignaremos ese puesto.

—¿A mí?

Lacklon se echó a reír ante la sorpresa de Fulvia.

—¿Por qué no? —dijo—. También hay mujeres.

—Siendo así, no tengo nada que objetar, aunque no sé si sabré cubrir el puesto adecuadamente.

—No habrá problemas, insisto. Eso es todo por hoy, Fulvia.

La joven se puso en pie.

—Siga en su casa —indicó Lacklon—. Ya recibirá el aviso para incorporarse a su nuevo puesto.

—Sí, señ…; digo, sí, Gnar.

—Ah, y otra cosa; vigile cuidadosamente sus pensamientos. Nada ni nadie puede ir contra el sistema ideado por nuestro gran Yardux.

Lacklon se inclinó reverentemente y Fulvia le imitó, procurando no pensar en que le parecía ridículo inclinarse a la sola pronunciación del nombre de una persona.

La joven se alejó con paso mesurado hacia la salida. Lacklon la contempló a través de los párpados entornados.

«Excelente, una mujer excelente…, Ia clase de mujer que un hombre necesita para prolongarse en su descendencia», pensó. Y no le causó el menor rubor aquella idea, porque era un pensamiento lícito, permitido por el Sistema.

Pero, de repente, se acordó de una cosa y se volvió hacia el interfono.

—Urgente —dijo—. Quiero saber dónde está internado Benno Cairmont, cifra VBC-79.944.116.

—Un momento, por favor.

Transcurrieron algunos segundos.

Al fin llegó la respuesta.

—La persona objeto de la respuesta está internada en el Centro de Psicoreeducación Número Diecinueve.

—Muy bien. Comunicación con ese centro, por favor. Ah, quiero hablar con el director en persona.

—Sí, señor.

Otra pausa.

Duró treinta segundos. Luego se oyó una voz:

—Soy Irma Ulhson, directora.

—Es un placer hablar con usted, Irma. Supongo que le han dicho quién soy yo.

—Sí, desde luego. Desea conocer informes acerca de un tal Benno

Cairmont.

—En efecto, así es.

—Lo siento, Gnar.

Hubo una ligera pausa.

—Hable, directora —insistió Lacklon—. Presumo que tiene malas noticias para mí.

—Ciertamente —confirmó Irma—. El paciente es muy rebelde. Su tratamiento de psicoreeducación no será fácil.

—¿Rebelde *per se* o por influencias extrañas, directora?

—En todo caso, las influencias llegaron a él antes. En el momento actual, no hay trazas de tales influencias, pero la rebeldía al tratamiento persiste. Un caso fuera de lo común, psicoseñor.

—Entendido. Gracias, directora; haga lo que pueda.

—Lo tendré presente. ¿Algo más?

—Eso es todo. De nuevo, gracias. Adiós.

—Adiós.

La comunicación se cortó.

Lacklon se pellizcó el labio inferior. Su expresión era preocupada.

«¿Habría previsto Cairmont que un día podría verse sometido a un tratamiento de psicoreeducación?», se preguntó, desazonado.

* * *

El edificio destacaba aislado en la llanura, rodeado de un frondoso parque. La inmensa mayoría de las ventanas estaban a oscuras.

Había algunas encendidas, sobre todo en la planta baja. Moviéndose con el sigilo de un felino, Erin Hart alcanzó las inmediaciones del colosal cubo de cemento, acero y cristal que era el

Centro de Psicoreeducación Número Diecinueve.

Paso a paso, se acercó a la entrada principal. Un soñoliento conserje atendía la recepción.

Hart escuchó todavía unos momentos. El silencio era absoluto.

Inspiró fuertemente. Luego, con paso resuelto, acometió la escalera que permitía el acceso a la entrada principal.

El conserje abandonó su relajada actitud.

—Hola —saludó cortésmente—. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí —contestó Hart—. Deseo visitar a un amigo.

—Lo siento. No son horas de visita. Vuelva mañana, a las diez. Deberá solicitar una entrevista con el subdirector, expresando los motivos por los cuales quiere ver a su amigo. No es pariente suyo, supongo.

—No, desde luego —sonrió Hart—. De modo que mañana a las diez.

-—Sí, señor.

Hart pareció reflexionar unos momentos. Luego, de repente, levantó la vista.

—¡Qué raro! ¡Parece como si cayeran gotas del techo! —exclamó.

El conserje picó incautamente, ofreciendo su barbilla de un modo tentador al puño derecho de Hart. Se oyó un seco crujido y el hombre cayó al suelo con los pies en alto. _

Acto seguido, Hart saltó el mostrador, apoyándose con una mano. Al otro lado estaba el fichero y allí encontraría el número de la habitación de su amigo.

CAPITULO IV

Antes de dirigirse al décimo piso, que era donde estaba Benno Cairmont, Hart tuvo la precaución de atar y amordazar al conserje con tiras hechas de sus propios ropajes. Luego salió de detrás del mostrador y se dirigió al ascensor.

Momentos después salía al décimo piso. Buscó la puerta señalada con el número 27 y trató de abrir.

La puerta resistió.

Hart hizo una mueca.

—Debí habérmelo figurado —masculló.

Metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó algo parecido a un trozo de pasta de moldear, que introdujo en la cerradura a presión. Luego pegó un tubito a la pasta: un diminuto cilindro de medio centímetro de diámetro por tres de longitud. Aplastó con la uña uno de los extremos y dio un salto lateral.

Un chorro de fuego brotó en el acto de la cerradura, sin causar, no obstante, el menor ruido. La llamarada, intensísima, duró dos o tres segundos.

Hart volvió junto a la puerta y sonrió. La cerradura se había fundido por completo.

Empujó la puerta suavemente. Tendido en una cama había un hombre, al parecer dormido.

Hart entró y cerró sin hacer ruido. Dio la luz y se acercó a la cama.

—Hola, Benno —saludó.

El durmiente abrió un ojo. Cinco segundos más tarde, se sentaba de golpe en la cama.

—¡Rayos! ¡Erin Hart! —exclamó.

—El mismo que viste y calza, y afortunadamente todavía piensa —rió el intruso—. ¿Cómo te encuentras, Benno?

—Bien, pero con el cerebro convertido en el parche de un tambor. No cesan de golpearme con el tratamiento varias horas al día.

—Son tenaces, ¿eh?

—Yo también lo soy, pero me temo que acabaré cediendo, Erin —confesó el prisionero desatentadamente—. La directora Ulhson dice que soy tremendamente rebelde, aunque confía en reeducarme.

—Ah, el centro está en manos de una directora.

—Tan guapa como desprovista de escrúpulos, Erin. Si pudiera la estrangularía con mis manos...

—Cuidado con tus pensamientos, Benno —dijo Hart riendo—. Vas a hacer polvo la computadora que registra tus ondas eléctricas.

—¡Ojalá explotasen todas esas malditas máquinas! —barbotó Cairmont rabiosamente—. Pero, bueno, Erin, ¿a qué diablos has venido aquí?

—¿Es que no te lo imaginas, Benno?

Hubo un momento de , silencio. Luego, el prisionero, apartó a un lado las sábanas.

—Me quitaron todas mis ropas —dijo—. Sólo tengo este maldito mono del hospital...

—¿Te importa mucho la moral indumentaria? —rió Hart.

—¿Cómo? ¿Crees posible la evasión?

Hart extendió la mano a un lado,

—Señor, la puerta está servida —dijo.

Cairmont saltó de la cama.

—No sé cómo lo has hecho, pero me iré contigo, Erin —dijo—. Lo único que siento es que la computadora...

Hart soltó una estruendosa carcajada.

—La que registra mis pensamientos debe de haberse fundido —dijo —. Bueno, eso era antes; ahora ya no pasa nada.

—¿Cómo?

Hart sacó algo del bolsillo y se lo arrojó a su amigo.

—Póntelo en torno a tus sienes. Las tarjetas de control que se refieran a tus pensamientos saldrán siempre inmaculadamente blancas —dijo.

Cairmont contempló asombrado aquel aro de color blanco y material flexible que le había entregado su amigo.

—¿Qué es esto, Erin? Observo que tú también llevas uno puesto.

—Un interferidor-difusor de las ondas eléctricas del pensamiento. Dentro del aislante hay una espiral doble de hilo de cobre, una de las cuales interfiere las emisiones y otra las reenvía de forma absolutamente difusa y, por tanto, no detectable. Mientras lleves eso, nadie podrá localizarte.

Cairmont silbó.

—¡Qué maravilla! —dijo—. ¿Lo habéis comprobado?

—Sí. Un conocido mío se lo puso y empezó a echar pestes del gran Yardux. No le pasó nada y ahí sigue tan campante, en su puesto.

—Estupendo, Erin. —Cairmont se puso el aro en torno a la cabeza —. Bien, cuando quieras...

El prisionero se interrumpió súbitamente. La puerta acababa de abrirse y una mujer, vestida con ropajes blancos, entró en la estancia.

* * *

Era una mujer joven, de unos treinta años, pelo negro y formas exuberantes. La indumentaria consistía en un mono de tejido esponjoso, muy ceñido a su cuerpo opulento. Sobre el seno izquierdo se leían unas letras y una inscripción: «CPRE-19. Directora».

En las manos traía una bandejita con una pistola de inyecciones. Al ver a los dos hombres, Irma Ulhson se quedó parada.

Hart reaccionó el primero. Saltó hacia delante y cerró la puerta. Luego, antes de que la directora se recobrase de la sorpresa, le arrebató la bandeja.

—Lo siento, directora —se excusó, a la vez que la empujaba hacia la cama.

Irma estaba muy pálida.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Mi nombre es Erin Hart. En cuanto a lo que hago aquí, mi amigo

se lo dirá.

—Ha venido para ayudarme a escapar. Me marcho, directora —declaró Cairmont sin rodeos.

Irma se mordió los labios.

—Supongo que no puedo evitarlo —dijo.

—Eso es algo con lo que no debe soñar siquiera —rió Hart—. Tiéndase en la cama, por favor.

Una sombra de temor apareció en los negros ojos de Irma.

—¿Qué van a hacer conmigo? —inquirió.

—No tema, directora. Sólo queremos cercioramos de que no va a salir pegando gritos detrás de nosotros, apenas hayamos abandonado la habitación.

Y sin más, rasgó una sábana y ató de pies y manos a la joven. Luego hizo una mordaza, pero antes de taparle la boca, preguntó:

—¿Qué contiene la pistola de inyectar?

—Narcótico, claro.

—Para condicionarme la mente, Erin —añadió Cairmont.

—¿Cómo? —exclamó el joven.

—Con ese narcótico me dormían. Luego venía el rollo: «Abandona los pensamientos malignos. Alaba a Yardux. Yardux es todo para nosotros; a él se lo debemos todo. Yardux es la calma, la felicidad…» ¡Un asco, te digo que era un asco, Erin!

Hart se echó a reír de nuevo.

—Bueno, no es un arma demasiado atractiva, pero quizá necesite narcotizar en un momento dado a una persona y no siempre puedo emplear los puños.

Agarró la pistola y se la metió en la pretina del pantalón. Luego tapó la boca de la directora.

—Puede entretenerse echando pestes mentalmente de Yardux —dijo, mientras hacía el último nudo.

Cairmont se acercó a la cama y la miró.

—Lástima, tan guapa y tan..., tan «esbirra» —dijo. Le dio un cachetito en¡ una mejilla y luego se dirigió hacia la puerta.

Bajaron en el ascensor. Al llegar a conserjería, Hart se asomó por encima del mostrador.

El conserje continuaba sin sentido.

—Benno, mira a ver si te sirven los zapatos de ese tipo —indicó.

Cairmont saltó al otro lado del mostrador. Momentos después, salía fuera nuevamente.

—¡A correr, compañero!

Los dos amigos desaparecieron bien pronto. Al cabo de un rato, sin dejar de correr, Cairmont dijo:

—Erin, supongo que me has ayudado a escapar por algo más que amistad. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Puedes, Benno —respondió Hart—. Vamos a ver si llegamos a la Gran Guarida.

Cairmont respingó.

—¿Te refieres a la residencia de...?

—Sí, justamente eso es lo que quiero decir; me refiero a la residencia de Yardux.

* * *

El nuevo empleo no era mejor ni peor que el otro. Como el anterior, consistía en estar delante de un pupitre de control, en el que se registraban las novedades habidas en la máquina que le había sido asignada.

La única diferencia era que antes controlaba costuras de prendas de vestir y ahora controlaba pensamientos.

De cuando en cuando, salía una tarjeta a través de la ranura. La tarjeta aparecía con tino, dos o tres círculos que podían ser de color amarillo, amarillo muy fuerte, anaranjado o rojo.

Fulvia no había visto hasta el momento ningún trío de círculos de color rojo. A lo más que había llegado era al anaranjado, y cuando eso sucedía, registraba la identidad de la persona correspondiente a la tarjeta y luego la introducía por otra ranura, que correspondía a la computadora de análisis.

La suya era una computadora de clasificación. Realmente, no era un trabajo agobiador.

De pronto, salió una tarjeta muy extraña.

Había dos círculos amarillos y uno rojo en el centro. Para Fulvia era algo enteramente nuevo.

¿Un pensamiento prohibido, rápidamente cortado en el seno dé la mente de la persona que lo había concebido?, se preguntó.

Durante unos segundos, vaciló acerca de lo que debía hacer. ¿Era obligatorio enviar la tarjeta a la computadora analítica?

Atraída por la curiosidad, examinó la tarjeta. Además de las perforaciones correspondientes, había en ella una inscripción que la llenó de asombro:

«VEH-87.886.417. Nombre: HART, ERIN»

Fulvia dudó unos momentos. De pronto, tomó una decisión.

Lo hizo sin conocer exactamente los motivos, procurando no pensar en ello. La tarjeta desapareció en su escote.

Un hombre se acercó a ella, paseando calmosamente. Era Sadd Haraz, supervisor de turno.

—¿Alguna novedad, Fulvia? —preguntó.

—Ninguna, Sadd —respondió la joven tranquilamente. «¿Por qué mentía?», se preguntó.

Pero no pudo encontrar la respuesta.

CAPITULO V

Erin Hart se acercó a la fuente que brotaba de unas peñas, se quitó el círculo interferidor y metió la cabeza bajo el chorro.

Mientras el agua le refrescaba pensó en su situación y en sus proyectos.

La empresa era punto menos que irrealizable. Sin embargo, contaba con dos ventajas a su favor: la juventud, con la fuerza que le confería una continua vida al aire libre, y la sorpresa.

Quedaba otro asunto por resolver, y era la actitud que adoptaría Yardux cuando consiguiesen llegar así, pero esto era algo que se realizaría sobre el terreno.

—Si ahora tuviera a Yardux en mis manos, creo que le retorcería el cuello como a un pollito —masculló furiosamente.

De pronto, se dio cuenta de que tenía quitado el círculo interferidor. Lanzó un gruñido, pues había emitido ondas mentales de claro signo hostil, y volvió a ponérselo.

Cairmont llegó en aquel momento. Era un hombre joven todavía, unos treinta y cinco años, de mediana estatura y ancho de hombros. Pero, calculó Hart, le hacía falta ejercicio físico. Ello endurecería sus músculos y le daría la fuerza y agilidad de que ahora carecía.

—Hola, Erin, buenos días —saludó Cairmont jovialmente—. ¿Cómo está el agua?

—Báñate sin el círculo, pero mantén la mente en blanco. A mí se me han escapado un par de pensamientos hostiles cuando estaba lavándome.

—Lo tendré en cuenta, compañero. —Cairmont se llenó los pulmones de aire—. Esto es vida, Erin.

Hart sonrió.

—Si la gente lo supiera, abandonaría ahora sus infectas ciudades y se vendría al campo, enviando previamente al diablo al sumo canalla de Yardux.

Cairmont se estremeció.

—Hacía muchísimos años que no oía hablar así de él —dijo.

—Pues ya era hora —respondió Hart secamente—. Anda, aséate; tenemos que hablar.

—Está bien.

Cairmont se despojó de sus ropas y se zambulló en el pequeño estanque que formaba el salto de agua. Hart aguardó pacientemente a que su amigo hubiese terminado el baño.

Luego, mientras se vestía de nuevo, dijo:

—En tu opinión, Benno, ¿qué posibilidades hay de asaltar la residencia de Yardux?

Cairmont le miró de hito en hito.

—En primer lugar, ¿qué piensas hacer una vez estés en su presencia? —quiso saber.

—Una pregunta muy interesante —respondió Hart—. Puede que le retuerza el pescuezo o puede que me limite a pedirle que destruya las computadoras detectoras del pensamiento.

—Con eso destruirías el Sistema, Erin.

—¿Y qué otra cosa crees que pienso y deseo hacer? —respondió Hart violentamente.

* * *

Hubo una pausa de silencio, durante la cual, Hart, por medio de un afilado cuchillo de caza que llevaba consigo, cortó una rama larga y recta de un árbol cercano, empezando a afilar uno de sus extremos inmediatamente.

Cairmont le contemplaba con curiosidad.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Tenía un venablo y se me partió el otro día —explicó Hart—. Aunque no lo creas, de cuando en cuando se ve un cervatillo y siempre es útil para poder comerse una buena pierna asada.

—Se me hace la boca agua —dijo Cairmont—. Eso de comer una pierna asada de ciervo es algo que sólo he leído en los telelibros.

—El Sistema te protege tanto como si estuvieses en estado intrauterino, pero también permite pensar tanto como piensa un niño en el seno de su madre. En la cabaña tengo un arco y flechas; las uso para las piezas menores.

—Antiguamente había armas de fuego, ¿no?

—Sí, pero las destruyeron todas, salvo unas pocas que conservaron como piezas de museo. Sin embargo, nadie puede visitar ese museo.

Hart terminó de fabricar el venablo y lo blandió, complacido. Más que venablo era, en realidad, una lanza de casi dos metros de longitud y seis centímetros de diámetro.

—Te hice una pregunta sobre la guarida de Yardux, Benno —le recordó.

Cairmont torció el gesto.

—¿Sabes dónde está? —preguntó.

—Sí, claro. Todo el mundo tiene que verla desde cualquier punto de la ciudad. Allá arriba, en la montaña, en esa especie de acrópolis que se hizo fabricar para que lo reverenciase la beatería de los hombres a quienes él había suprimido el pensamiento. Sí, sé dónde está la Gran Guarida.

—Bueno, para llegar a la residencia tienes que atravesar tres círculos de defensa, provistos de toda la cantidad de trampas que puedas imaginarte, todas ellas mortales, por supuesto. Una vez hayas salvado los círculos podrás penetrar en la residencia propiamente dicha, pero, aun así, te encontrarás con cuatro antesalas guardadas férreamente.

—Se ve que Yardux es un tipo que confía en la benevolencia de! género humano —dijo Hart sarcásticamente—. Antiguamente, los reyes concedían audiencias a cualquiera y administraban justicia bajo una encina. Hoy, indudablemente, los modos han cambiado un poco.

—Dicen que es muy viejo y que por eso no le convienen mucho las visitas.

—Paparruchas, Benno. Al menos, aunque no recibiera visitas, podría dejarse ver de cuando en cuando, siquiera fuese por televisión, ¿no crees?

—Eso mismo pienso yo, pero no soy Yardux.

—Si lo fueras, ya te habría roto el venablo en la cabeza. Bueno, tendremos que idear el modo de traspasar los tres círculos y las cuatro antesalas.

—¡Hum! —dijo Cairmont.

—Por el aire, tal vez.

—Hay barreras de energía invisible. Te quemarías, como una mariposa en la llama de un farol.

—¡Poeta! —le apostrofó Hart jovialmente—. Bueno, ya idearé algún medio, pero lo cierto es que un día u otro asaltaré la guarida de Yardux y me tendrá que oír.

—Si te oye y no hace nada, habrás perdido el tiempo —masculló Cairmont.

—Bueno, ya veremos. De momento, ¿qué te parece caminar un poco en busca de esa pierna de ciervo? A ti te conviene desentumecer las tuyas; estás falto de ejercicio.

Cairmont suspiró.

—Desgraciadamente, así es —concordó.

De repente, vio algo que le hizo sentir una viva alarma.

—¡Erin! ¡Mira, allí, un aeromóvil de patrulla! —exclamó.

* * *

El capitán Kublai era uno de los oficiales de la Psicoguardia que había recibido la orden de buscar y prender a Erin Hart. En compañía

de cinco de sus hombres, sobrevolaba el terreno, con la casi vana esperanza de conseguir el objetivo señalado.

El aeromóvil era poco más que un cajón de cristal, con seis asientos. Uno de los guardias se encargaba de su manejo. Los cuatro restantes iban en el asiento posterior.

Kublai iba junto al conductor, con la vista fija en el localizador de cerebros. Hacía algunos minutos que había visto un destello que significaba una mente en actividad hostil.

El destello se había extinguido casi inmediatamente, pero en la pantalla quedaban algunas trazas muy difusas, las que, sin embargo, no permitían una localización fructífera del objetivo. Pero Kublai contaba con una ventaja inapreciable: la computadora del aeromóvil había grabado todos los datos de la mente hostil y ahora estaban siguiendo la dirección señalada por la cinta registradora.

—Ya no puede estar muy lejos —dijo Kublai de pronto—. Prepárense para la captura apenas lo ordene.

Los laterales del aeromóvil fueron descorridos, de modo que permitieran un rápido desalojamiento de la cabina. Kublai tenía la vista fija en las indicaciones de la cinta, que señalaba un rápido acercamiento al objetivo.

—Creo que estamos ya casi encima —dijo—. Descienda a un par de metros del suelo —indicó al piloto.

—Sí, capitán.

El aparato perdió altura. Agazapados bajo unos matorrales, Hart y Cairmont observaban las evoluciones de la patrullera.

—Diablos, lo tenemos casi encima —masculló Cairmont.

—No te preocupes —susurró Hart.

Tenía el venablo en las manos. Palmo a palmo, el aeromóvil fue perdiendo altura, hasta quedar a menos de dos metros del suelo y a otro tanto del escondite de los fugitivos.

Entonces fue cuando Hart abandonó su refugio y saltó hacia delante, con la lanza en las manos, pero con la punta dirigida hacia abajo.

Un psicoguardia le vio y lanzó un grito de alarma. Era ya tarde.

El extremo de la vara se apoyó en el borde del aparato, por la parte inferior. Hart empujó hacia arriba con todas sus fuerzas.

Tenía unos músculos poderosos, muy ejercitados. El resultado sólo podía ser uno.

El aeromóvil volcó en el aire, a dos metros del suelo. Los mecanismos de sustentación, perdida la horizontalidad, fallaron, y el conductor no tuvo tiempo de rectificar la maniobra.

Se oyó un crujido espantoso. Los seis ocupantes del vehículo rodaron como pelotas.

Hart lanzó un grito:

—¡Benno, piedras!

Cairmont comprendió. Piedras como el puño empezaron a volar por los aires, alcanzando a los psicoguardias, que emprendieron una huida poco decorosa. Hart reía alborozadamente.

Kublai lanzaba rugidos de cólera. Consciente de su grado, intentó resistirse, pero el cabo de la lanza le alcanzó en el estómago, haciéndole inclinarse sobre sí mismo.

Acto seguido, Hart le golpeó en la nuca, con no demasiada fuerza, sin embargo. Kublai se desplomó sin conocimiento.

En cuanto a los guardias, aturdidos y espantados por las piedras que les llovían constantemente, acabaron por desaparecer.

Hart se acercó al volcado aparato y la emprendió a golpes con el cuadro de mandos. Cairmont remató la tarea lanzando una piedra de varios kilos de peso, que dejó al artefacto totalmente inservible.

—Es hora de que nos larguemos, muchacho —dijo Hart.

Cairmont asintió. Momentos después, los dos amigos se perdían en la espesura.

CAPITULO VI

—Supongo que estará contenta con su trabajo —dijo Lacklon.

—No puedo quejarme —sonrió Fulvia.

—Me agrada oírle hablar así. Un día me agradaría que aceptase mi invitación a cenar.

Fulvia se sonrojó ligeramente.

—Cuando usted guste —respondió.

—Hablaremos de eso en otro momento. ¿Contenta de su trabajo?

—No fatiga, Gnar.

—Controlar el pensamiento es muy útil. El Sistema se mantiene —dijo Lacklon doctoralmente—. Y las guerras se consideran ya como cosa del pasado.

—Eso es cierto —admitió la muchacha.

De súbito, un hombre apareció en la sala de control, avanzando a grandes zancadas hacia la pareja.

Lacklon se sorprendió.

—¡Capitán Kublai! —exclamó?-. ¿Qué es eso de entrar en una sala de psicocontrol sin mi permiso?

—Perdón —contestó Kublai—. La urgencia del caso es tal, que me he visto obligado a prescindir de los trámites habituales.

Lacklon observó que Kublai tenía un par de cortes en la cara, cubiertos por tiras de adhesivo celular.

—¿Ha ocurrido un accidente, capitán?

—Peor que eso, Gnar. Lo que ha pasado es…

Kublai se interrumpió, a la vez que dirigía una mirada hacia Fulvia.

—Hable sin temor, capitán —invitó Lacklon—. Fulvia Zallán es de confianza.

—Está bien —dijo el oficial—. Localizamos un pensamiento hostil a veintidós kilómetros al sudoeste de los límites urbanos y encaminamos hacia allí nuestro aparato de patrulla. Sospechábamos que podía tratarse del errático Erin Hart y así sucedió.

—Pero no lo han capturado.

Fulvia suspendió el aliento. Aquel pensamiento hostil a que se refería Kublai, ¿era el mismo registrado por la tarjeta que no había enviado a la computadora analítica?

—No, señor; Hart volcó nuestro aparato y todos rodamos por el suelo, aturdidos. Luego, él y su compañero, el fugitivo del Centro de Psicoreeducación Número Diecinueve, nos atacaron. Mis hombres fueron puestos en fuga a pedradas y yo recibí un varazo que me dejó sin conocimiento.

Lacklon soltó un bufido de cólera.

—Capitán, si mal no recuerdo, un aparato aéreo de patrulla lleva seis hombres —dijo.

—Sí, pero todos estamos desacostumbrados a usar los músculos. No podemos competir con un hombre que lleva largos años haciendo vida primitiva, fuerte físicamente y capaz de soportar las mayores inclemencias. Además, sospecho que ha ideado algo para anular sus emisiones mentales.

—¿Cómo?

—El destello tuvo una duración muy corta —manifestó Kublai.

—Quizá concibió un pensamiento hostil y lo abandonó en el acto.

—Es posible, pero lo que no se puede hacer es combatir a hombres como Hart con las manos desnudas.

—La ley…

—La ley, la ley —dijo Kublai con sorna—. Ese salvaje se ríe de todo lo que represente la ley y sus normas. Para combatirle eficazmente, como de igual manera a quienes sientan deseos de imitarle, sólo hay un remedio, Gnar.

—Indíquelo, Kublai —pidió el psicoseñor.

—Hay un museo del armamento antiguo, con armas en perfecto estado de utilización. La visita está prohibida al público, a fin de no excitar morbosamente su imaginación, pero creo que a nosotros se nos podrían facilitar unas cuantas armas de fuego.

Lacklon torció el gesto.

—No puedo contestar en un sentido u otro, capitán —declaró—. La decisión no es sólo mía, sino del Gran Consejo de Psicoseñores y, aun así, deberíamos someter la propuesta a la aprobación del gran Yardux.

Los dos hombres se inclinaron al sonar aquel nombre.

Lacklon agregó:

—Pero formularé su propuesta en la primera reunión que tenga lugar, cosa que sucederá mañana. ¿Satisfecho, capitán?

Kublai hizo un gesto de aquiescencia.

—De acuerdo, Gnar.

—Está bien, capitán. Ahora, retírese; ya le haré saber oportunamente la decisión del Gran Consejo.

—Sí, señor.

Kublai se retiró. Fulvia continuaba en su puesto, simulando atención a las indicaciones de la computadora.

Pero, en su interior, se sentía aterrada.

¡Armas de fuego! ¡La Psicoguardia iba a usar armas de fuego!

Hart estaba perdido. ¿No podría avisarle?, se preguntó.

De pronto se estremeció. Estaba concibiendo pensamientos hostiles.

Fijó los ojos en el pupitre de mando. De un momento a otro saldría su tarjeta con los fatídicos tres círculos rojos.

O quizá aparecería en alguna de las otras computadoras.

Si ello sucedía así, sería destituida y enviada inmediatamente a un Centro de Psicoreeducación, pensó, llena de terror.

* * *

Erin Hart detuvo la carrera, apartó unos ramajes y señaló el interior de una cueva de grandes dimensiones.

—Pasa y descansa, muchacho —indicó sonriendo.

Cairmont se dejó caer sobre un montón de paja, cubierto con algunas mantas.

—No sé cómo puedes soportar esta vida —dijo, jadeante y empapado en sudor.

—Nunca quise acomodarme a ser un número en la ciudad —contestó Hart sonriendo—. Aquí, en el exterior, encuentro siempre todo lo que necesito.

—Menos ropas y calzado, por ejemplo. ¿De dónde lo sacas?

—Oh, tengo un amigo que me lo proporciona. ¿Quieres comer algo?

—¿Qué me vas a dar? —preguntó Cairmont recelosamente.

Hart buscó en una alacena practicada en la pared de la cueva a golpes de pico y sacó algo, que puso en el plato que entregó a su amigo.

—Carne fría y pan elaborado por mí mismo. Seguro que no lo has comido en tu vida, ¿verdad?

—Me siento admirado. ¿No me hará daño?

Hart se echó a reír.

—Esa maldita vida super-super-supercivilizada acabará con el ser humano —dijo—. Come sin miedo y descansa. Yo voy a ver si repongo las existencias de carne.

—¿Cazando?

—Claro.

Hart dejó la lanza y tomó un arco y unas flechas.

—Ah, si pudiera asaltar el museo de las armas —se lamentó.

—Está en las inmediaciones de la que tú llamas Gran Guarida —dijo Cairmont.

—Tomo nota de ello —sonrió Hart—. Cualquier día iré a asaltarlo y me apoderaré de un par de rifles y municiones. Ah, si quieres

entretenerte, tienes un aparato de radio y otro de televisión. Elige el programa que quieras; todos son igual de malos.

—Hombre, no exageres…

Hart soltó una alegre carcajada. Luego se dirigió hacia la salida.

—Por lo visto, eres incansable —observó Cairmont, admirado.

—Tú tampoco te fatigarás cuando hayas adquirido entrenamiento —aseguró Hart, en el momento de abandonar la cueva.

Regresó tres horas más tarde, con dos hermosos conejos colgados del cinturón.

—¿Qué te parece? —preguntó—. No será pierna de venado, pero tampoco un conejo asado en las brasas es de desdeñar.

—Lo probaré —aseguró Cairmont—. Oye, por cierto, he oído algo extraño en la radio.

—¿Sí? ¿Qué es? —preguntó Hart indiferentemente, mientras empezaba a despellejar uno de los conejos.

—Es curioso. No era hora de emisión y, sin embargo, alguien mencionó mi antiguo domicilio.

—¿Un aviso de la Psicoguardia? —dijo Hart, algo más interesado.

—No, no era eso. Parecía como si una persona hablase con otra por fonovisor y sus palabras hubieran sido lanzadas al aire a través de una emisora de radio. Repitió el mensaje dos veces y luego se despidió con una frase muy extraña.

—¿Cuál era esa frase, Benno?

—«Mueve las piernas más que la cabeza». ¿Qué significa eso, Erin?

Hart sonrió maliciosamente.

—Tengo un buen amigo y me ha enviado un mensaje en clave —contestó—. Esta noche sin falta debo ir a tu antiguo domicilio, ahora ocupado por una encantadora muchacha.

Cairmont se quedó asombrado al oír aquellas palabras.

—¿Para qué, Erin? —quiso saber.

—No lo sé, pero mi amigo quiere comunicarme algo interesante y no se ha atrevido a hacerlo a través de la radio. Sí, esta noche iré a ver a la encantadora Fulvia Zallán.

—Erin, si mal no recuerdo, hay más de cuarenta kilómetros hasta la ciudad. Has estado corriendo todo el día…

Hart terminó de despellejar el conejo y se limpió las manos en un trapo. Luego avanzó hacia el fondo de la cueva, oculto por una cortina, que descorrió a un lado.

—A veces también utilizo los propulsores individuales —contestó—. Pero no olvides igualmente que hay cintas deslizantes.

—Voy entendiendo —dijo Cairmont.

—Sin embargo, mi amigo tiene razón; aunque me ahorre mucho ejercicio físico, debo mover esta noche más las piernas que la cabeza.

* * *

Una vez más, Hart utilizó la cuerda y el gancho para izarse hasta el habitáculo de Fulvia. Salvó el antepecho y avanzó hacia la cama.

Fulvia dormía apaciblemente. Hart sacó algo del interior de la camisa y se lo puso en torno a la cabeza.

La joven despertó sobresaltada.

—¿Eh? ¿Quién…?

Hart se puso un dedo en los labios.

—Silencio, no haga ruido —aconsejó—. Encienda la luz cuando se lo indique. Soy Erin Hart.

—¡Hart!

—Yo mismo —sonrió el joven mientras corría las cortinas—. Ya puede encender la luz —indicó.

Fulvia dio el conmutador y se sentó en la cama, sujetando las sábanas sobre su pecho con una mano. Notó algo en la cabeza y

levantó la otra mano.

—No toque eso —advirtió Hart perentoriamente.

Fulvia suspendió el gesto, pero no bajó la mano.

—¿Qué me ha puesto en la cabeza? —preguntó, atónita.

—Un interferidor-difusor del pensamiento —sonrió Hart—. De este modo puede echar pestes de Yardux, sin que sus pensamientos sean detectados.

—¿Está seguro de lo que dice? —preguntó ella, asombrada.

Hart se tocó la cabeza, en tomo a la cual tenía un círculo blanco.

—Yo mismo lo uso hace algunos días —contestó—. Me lo dio un amigo después de mi primera visita a este habitáculo.

—Es increíble si resulta cierto lo que dice, Erin.

—Una cosa cierta ya no es increíble —rió Hart—* Bueno, creo que tiene un mensaje para mí, ¿no?

—¿Yo? ¿Un mensaje? ¿Quién le ha dicho una cosa semejante?

—Me avisaron por radio de que viniera aquí —declaró él—. No me dieron más detalles, pero supongo que ese aviso se refería al mensaje que he de recibir de usted.

—Lo siento —respondió Fulvia—. Nadie me ha dado ningún mensaje.

CAPITULO VII

Hart se quedó desconcertado unos instantes.

—Sin embargo, el aviso es genuino —insistió.

—¿Quién se lo envió? —preguntó la joven.

—Por ahora, no puedo revelarle el nombre. Algún día se lo diré.

—Me gustaría ayudarle...

—¿Lo dice en serio? —sonrió él.

Fulvia se sonrojó.

-—Si me lo permite, me levantaré —dijo.

—Oh, claro, desde luego.

Hart aguardó, vuelto de espaldas, a que Ia joven se hubiese vestido. Ella le ofreció entonces una tableta de «stymulina».

—No —rechazó Hart—. Me desagradan los estimulantes artificiales.

—La «stymulina» es inocua y no crea hábito —alegó ella, después de ingerir su pastilla.

—Sí, pero prefiero un vaso de buen vino.

—¿Hace usted vino? —preguntó Fulvia, llena de curiosidad.

—A veces, sí. También conozco un par de antiguas bodegas, abandonadas, pero muy bien ocultas. Sin embargo, no debe tomarme por un dipsómano empedernido.

—Por supuesto. Erin, dígame, ¿por qué lucha usted?

Hart se tocó la frente, ceñida por el interferidor.

—Sencillamente, por poder pensar con toda libertad, sin temor a que los pensamientos nada agradables para un conjunto de personas, sean registrados en una máquina, que luego dictará una sentencia injusta, eso es todo.

—Pero su combate acabará en derrota —auguró Fulvia, con pesimismo.

—Al menos, moriré sin haber cedido en mi derecho a pensar como me parezca.

—Morir —se estremeció ella—. ¿Sería capaz de...?

—Antes que someterme a un tratamiento de psicoreeducación, sería capaz de cualquier cosa, desde luego —afirmó Hart rotundamente—. Pero no quiero entretenerla más, Fulvia. Quizá otro día vuelva a verla.

Ella sonrió.

—Le agradeceré la visita, Erin —contestó—. Ah, una cosa, por favor.

—Sí, Fulvia.

—Me refiero al interferidor. ¿He de llevarlo así? Quizá sospechasen algo, ¿no cree?

—Póngase una cinta ancha, como de adorno. Así pasará desapercibida.

—Lo haré, Erin —prometió Fulvia. Y añadió—: Sería horrible que Gnar Lacklon se enterase.

Hart enarcó las cejas.

—¿Ha dicho Lacklon? —preguntó.

—Sí. ¿No lo sabe? Ahora estoy como controladora en una computadora receptora de pensamientos nocivos. Por supuesto, no manejo la computadora analítica, pero el puesto es bastante elevado, desde luego.

—De modo que ve a Lacklon, ¿eh?

—Con alguna frecuencia, Erin. Oh, pero si me había olvidado de lo más importante.

—¿Qué es, Fulvia?

—El capitán Kublai estuvo a verle esta mañana. Aparecía muy furioso. Dijo que había recibido una paliza...

Hart se echó a reír.

—De modo que se llamaba Kublai el tipo a quien sacudí un par de garrotazos —dijo.

Fulvia se sentía aterrada.

—¿No le dio miedo atacar a toda una patrulla de psicoguardias? —preguntó.

—¿Miedo? No trato de despreciarlos, pero físicamente no valen un comino, Fulvia.

—Ahora puede que valgan mucho más que usted, Erin.

Hart frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir, Fulvia? —preguntó.

—Kublai ha pedido a Lacklon permiso para usar armas de fuego. Lacklon ha prometido presentar su propuesta pasado mañana en la reunión del Gran Consejo de Psicoseñores.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Hart, meneando lentamente la cabeza, dijo:

—Ese era el mensaje que yo debía recibir. Gracias, Fulvia.

Ella le miró extrañada.

—Pero, ¿cómo sabían que yo se lo transmitiría? Y sobre todo, ¿quién lo sabía?

Hart sonrió.

—Todavía es demasiado pronto, Fulvia —contestó—. Sin embargo, debe saber una cosa: en esta lucha contra el psicocontrol, no estoy solo. Apague la luz, por favor —pidió.

Fulvia obedeció. Hart descorrió las cortinas y se despidió de la joven, descolgándose rápidamente por la ventana.

Luego corrió en silencio hacia la próxima esquina. Su propulsor individual había quedado algo lejos de aquel lugar, a fin de que, si era encontrado por algunos patrulleros demasiado curiosos, no pudieran relacionar el hallazgo con Fulvia.

De pronto, percibió una silueta frente a él.

Había un psicoguardia parado en la esquina. Por fortuna, vuelto de espaldas.

Hart sacó la pistola de inyecciones. «Una dosis de narcótico será suficiente», pensó.

Apoyó el cañón del arma en el cuello del hombre y presionó el disparador.

Se oyó un gruñido. El psicoguardia se llevó la mano al cuello, golpeándose como si hubiera recibido el picotazo de un mosquito.

Hart aguardó unos instantes. El narcótico era de efectos muy rápidos; actuaba antes de los veinte segundos.

Pero no sucedió nada. El vigilante permanecía en pie.

Hart le oyó maldecir de los servicios de sanidad, que no desinfectaban suficientemente la atmósfera. El joven estaba asombrado.

Pensó que el depósito de narcótico se habría vaciado accidentalmente y lanzó una descarga contra la pared. Un círculo de humedad apareció inmediatamente ante sus ojos.

«Aquí hay algo que no funciona del todo correctamente», se dijo.

Volvió la pistola a su sitio y tocó en el hombro del guardián con la mano izquierda.

—Eh, amigo —dijo.

El hombre se volvió, terriblemente sobresaltado.

Una vez más, el puño de Hart entró en funciones.

Hart se chupó los nudillos con aire pensativo.

—Tanta civilización, para que uno tenga que recurrir a procedimientos de troglodita cuando de veras quiere salir de un apuro —masculló, mientras echaba a correr, en busca de su propulsor individual.

* * *

—La verdad, no le arriendo la ganancia a la directora Ulhson —dijo Hart, mientras revisaba los mecanismos de su propulsor individual.

—¿Por qué dices eso, Erin? —preguntó Cairmont, asombrado.

—Primero, te deja escapar a ti; luego, no vigila debidamente los productos de su laboratorio…

—No te entiendo, Erin.

—Anoche quise narcotizar a un guardia con la pistola de inyecciones que le quitamos. Fue como si hubiese inyectado a un tronco de árbol.

—¿Cómo? ¿No se durmió?

—Sí, se durmió... después de que le hube sacudido un derechazo en la mandíbula. Pero eso es lo de menos ahora, Benno. Hay algo más importante.

—¿De qué se trata, Erin?

—Gnar Lacklon va a presentar al Gran Consejo una propuesta para proporcionar armas de fuego a los psicoguardias. Lo hará en la reunión de mañana.

Cairmont silbó.

—Esto se pone grave —dijo.

—¿Qué esperabas? El Sistema se apresta a defenderse por todos los medios. Tenía que llegar, aunque, a decir verdad, no lo esperaba tan pronto.

—Hombre, Erin, es que en los últimos días has revolucionado a media humanidad —exclamó Cairmont.

Hart se echó a reír.

—¿Has oído las noticias?

—Sí, y te ponen verde. Pero me ha dado la sensación de que están un poco temerosos.

—Yo también lo creo así. De todas formas, conviene no confiarse demasiado.

—Desde luego, Erin. Pero, ¿qué es lo que piensas hacer?

Hart miró a su amigo fijamente.

—Lo haremos los dos juntos, Benno —contestó—. Esta noche iremos al museo, lo asaltaremos y nos llevaremos un par de rifles con abundantes municiones. También explosivos.

—Erin, yo no tengo idea de cómo se maneja un rifle.

—No te preocupes; yo te enseñaré a utilizarlo.

Cairmont se estremeció.

—¡Derramar sangre! —murmuró.

—Quisiera no tener que hacerlo —dijo Hart sombríamente—. Pero puede que no haya otro camino para acabar con el mito de Yardux, el mito más grande en la historia de la humanidad —concluyó.

* * *

—La propuesta que he de someter a la atención de mis distinguidos colegas es la siguiente: proveer de armas de fuego a la Psicoguardia —dijo Lacklon.

Un estremecimiento general recorrió los cuerpos de todos los psicoseñores asistentes a la reunión.

—¡Armas de fuego!

—Imposible, su uso está prohibido.

—La moral pública se relajaría.

—La gente miraría con horror a los psicoguardias.

Lacklon elevó ambas manos para imponer silencio.

—Calma, queridos colegas, calma —rogó—. No he convocado esta reunión veinticuatro horas antes de lo previsto sólo para escuchar objeciones a mi propuesta. También lo hago para que conozcan mis motivos.

—Está bien, dígalos —pidió uno de los psicoseñores.

—Existe mía amenaza latente en los erráticos. Si su ejemplo se propaga, nuestra actual civilización se hundirá. Más y más ciudadanos, despreciando los psicocontroles, se convertirán en erráticos. Fábricas, talleres, escuelas, todo irá abandonándose paulatinamente y volveremos a un estado total de salvajismo, como cuando el hombre luchaba contra el oso de las cavernas. Hay que atajar el mal de raíz, ahora que es tiempo todavía... o todos pereceremos. Fíjense bien: todos, ustedes, yo, hombres, mujeres, niños... Por otra parte, una vez solucionado el conflicto, una vez eliminados los erráticos, las armas de fuego volverán de nuevo al museo.

—Quiero hacerle una proposición, Gnar —dijo uno de los asistentes.

—Adelante, Vbory —accedió Lacklon.

—Los erráticos..., ¿por qué no se les concede un pedazo de tierra y que se establezcan y vivan allí según sus métodos peculiares?

—La propuesta será considerada en otra reunión —eludió Lacklon, en respuesta concreta—. Ahora se trata de entregar o no armas de fuego a los psico- guardias.

—Falta un trámite, Gnar.

—¿Cuál, por favor, Vbory?

—La asistencia del gran Yardux. Para cuestiones de vital importancia, su presencia en el Gran Consejo es absolutamente precisa.

Lacklon sonrió.

—Ese es un asunto resuelto —contestó.

Metió la mano en el interior de su túnica y sacó una tarjeta de papel metalizado en oro.

—Aquí está su autorización para que adoptemos, incluso en su ausencia, las decisiones que creamos más convenientes para el bien de la humanidad —dijo.

Varias manos se estiraron hacia la tarjeta.

—Es correcto —dijo uno.

—Está en regla.

—No hay objeción.

—¿Y bien, colegas? —preguntó Lacklon.

Veinticuatro manos se alzaron a un tiempo.

—Aprobada la moción —dijo Lacklon, satisfecho—. En la próxima reunión, consideraremos el establecimiento de un área especial para los erráticos. —Y añadió—: Si el Consejo me lo permite, yo me encargaré del asunto de las armas de fuego.

No hubo protestas.

Lacklon se sentía infinitamente satisfecho.

Era lo que andaba buscando desde hacía tiempo. Un día, estaba seguro de ello, ocuparía el puesto de Yardux.

Y sería el amo de todos los seres existentes en la Tierra.

El más grande de todos.

En suma, el número uno.

* * *

—De modo que ése es el Museo del Armamento.

Cairmont asintió. Hart contempló especulativamente la mole del edificio que se alzaba ante sus ojos, a mitad de cuya ladera se hallaba.

Más arriba, con casi mil metros de diferencia de cota de nivel, estaba la residencia de Yarh Yardux, férreamente protegida por los tres murallones de seguridad.

A la luz de la lima, se veía brillar en la cumbre una chispa de luz. Significaba el punto más alto de la montaña.

Debajo de la luz, estaba Yardux. Hart sabía que un día llegaría a su presencia.

—Vamos —dijo—, no se ve a nadie.

Los dos hombres avanzaron sigilosamente hacia la gran puerta de metal que cerraba la entrada.

—No podremos pasar —se quejó Cairmont.

—Por aquí, no, desde luego. Pero hay otros sitios. Ven, sígueme.

Abandonaron la fachada y dieron la vuelta al edificio. En la parte posterior había una fila de ventanas, idéntica a las de los muros laterales.

El antepecho quedaba a dos metros del suelo. Hart se agachó, tanteó el suelo y encontró una piedra, que lanzó sin vacilar contra la ventana.

Se oyó ruido de vidrios rotos.

Cairmont se estremeció.

—Van a oímos —dijo.

—¿Quién? No hay nadie en quinientos metros a la redonda — sonrió Hart, a la vez que daba un salto para situarse sobre el antepecho.

Con la mano buscó el pestillo, lo que le permitió abrir la ventana.

Cairmont le siguió momentos después. Hart encendió una linterna de mano y exploró las inmediaciones.

Había armas de todas clases, tamaños y calibres. Hart pasó por alto cañones, cohetes y ametralladoras pesadas.

Una caja llamó de pronto su atención:

GRANADA PARANUCLEAR

MOD. 1996

(Para lanzamiento a mano o con el fusil "Erckey-Hann")

Hart examinó atentamente las granadas.

—Trae tu bolsa, Benno —pidió.

Cairmont obedeció. Hart puso en la bolsa una docena de granadas y luego se la devolvió a su amigo.

—Ahora vamos a buscar los fusiles.

Poco más adelante, encontraron una estantería con un rótulo:

FUSIL "ERCKEY-HANN"

Cal. 8,38 mm.

(Para tiro automático y semiautomático)

—¡Estupendo! ¡Aquí está lo que buscábamos!

Había una docena de fusiles en la estantería. Hart eligió dos, uno de los cuales colgó del hombro de Cairmont.

Al lado había una caja de madera, cuyo rótulo indicaba contenía la munición adecuada para el fusil. Hart cargó con unas cuantas cartucheras de lona, cada una de las cuales contenía dos peines de quince cartuchos.

--Ya estamos provistos —dijo—. Ahora, larguémonos.

—Tendrás que enseñarme a manejar el fusil —dijo Cairmont—. Yo no tengo la menor idea de cómo se hace.

—Descuida, eso corre de mi cuenta —rió Hart.

Súbitamente, cuando estaban llegando a la ventana, se encendieron todas las luces.

Cairmont lanzó un grito de alarma. Hart se volvió en redondo.

Al fondo se veían unas diminutas figuras que avanzaban hacia las estanterías que contenían las armas ligeras.

Alguien les vio también.

—¡Están asaltando el museo! —gritó Kublai.

Lacklon soltó una horrible maldición.

—¡Atrápenlos! —ordenó.

Hart se volvió hacia su amigo.

—¡Salta, yo cubriré tu retirada!

Cairmont no se hizo de rogar. Mientras, Hart sacó un peine, lo introdujo en la ranura y tiró del cerrojo.

Apretó el gatillo. La detonación sonó como un cañonazo.

El proyectil silbó amenazadoramente sobre las cabezas de los psicoguardias, quienes, inmediatamente, se tiraron al suelo.

—¡Retrocedan! —gritó Hart—. No quiero herir a nadie, pero si me obligan tiraré a matar.

Y para apoyar sus palabras con los hechos, hizo un par de disparos más, que obligaron a Lacklon y a Kublai a buscar refugio detrás de un tanque pesado.

Hart se retiró hacia la ventana. De pronto, vio la caja de granadas paranucleares y agarró dos, cuyos vástagos de proyección pasó por el cinturón.

—¡Vamos, Erin! —gritó Cairmont desde afuera.

Hart no se hizo de rogar. Saltó a la ventana y, sentado en el antepecho, disparó otros dos tiros.

Luego se dejó caer al otro lado. Rápidamente, metió en el cañón del fusil el vástago de una de las granadas y echó a correr.

—Aléjense de la ventana —gritó, mientras corría frenéticamente—. ¡Voy a lanzar una granada!

Los psicoguardias oyeron el aviso y huyeron precipitadamente. A cien metros de la casa, Hart se detuvo, giró en redondo, apuntó y disparó.

La granada partió aullando. Medio segundo más tarde, se produjo la explosión y casi toda la fachada posterior saltó por los aires, tras un espectacular fogonazo, seguido de una atronadora explosión.

Hart blandió el fusil, a la vez que lanzaba un alarido de reto. Luego, antes de que Lacklon y sus aterrados secuaces pudieran organizar la persecución, se perdió en las tinieblas, seguido de Benno Cairmont.

CAPITULO VIII

Fulvia estaba asombrada.

Ciertamente, ahora llevaba el interferidor que le había dado Hart, pero antes de que ello ocurriese, había tenido algunos pensamientos poco amables para Yardux y el Sistema por él creado.

Sin embargo, no le había sucedido nada. Cabía que su tarjeta, con la incidencia de los pensamientos nocivos registrados, no hubiera aparecido en su computadora, pero de haber llegado a cualquiera de las otras, habría sido inmediatamente enviada a una de las computadoras analíticas.

Pronto lo habría sabido y no de una manera muy agradable, pero no había pasado nada. Ahora ya estaba más tranquila, pero sin embargo, continuaba sintiéndose intrigada por aquel extraño fenómeno.

¿Acaso los empleados en las computadoras tenían libertad para pensar como quisieran?

Una voz que sonaba junto a ella la sobresaltó:

—Está distraída —dijo Haraz, el supervisor.

—Oh, lo siento mucho —se disculpó ella.

Haraz le enseñó una tarjeta con tres círculos anaranjados.

—Omitió enviarla a la computadora analítica. No lo repita.

—Sí, señor.

—Mi nombre es Sadd, Fulvia.

—Sí, Sadd.

—¿Está preocupada por algo? En ese caso, podría pedir para usted unos días de descanso. Es nueva y puede que no esté aún bien habituada a su trabajo.

—No, no me siento preocupada por nada. Me distraje, eso es todo.

—A veces sucede —sonrió Haraz—. Quizá ha oído las últimas noticias.

—¿Se refiere usted al asalto al Museo de Armas?

—Sí, justamente. Fue perpetrado por dos locos erráticos, cuyas mentes están llenas de locas ambiciones. Si yo estuviese en su lugar, procuraría portarme con más cuidado.

—Usted no haría una cosa semejante, Sadd.

—Respeto profundamente la ley, Fulvia. Pero esos dos criminales...

—Sadd —dijo ella—, hay algo que me extraña. Para cometer el asalto tuvieron que planearlo antes.

—Evidentemente.

—Eso significa que pensaron en su acción. ¿Cómo no fueron detectados sus pensamientos? De este modo, el asalto podría haber sido evitado.

—Sí, es cierto. Yo calculo que han encontrado el medio de eludir la detección de sus ondas mentales. Pero a pesar de todo, no se deberían descuidar: siempre es posible fabricar un aparato que inutilice la acción de su interferidor. Bien, no la quiero molestar más, Fulvia. Continúe trabajando.

—Gracias, Sadd.

De nuevo volvió la joven a sentirse preocupada.

¿Era cierto que había aparatos capaces de anular la acción del interferidor?

Poco después llegó Lacklon, en una de sus cotidianas visitas a la sala de computadoras. Examinó alguno de los puestos de observación y, finalmente, se detuvo junto a Fulvia.

—¿Se encuentra bien? —preguntó cortésmente.

—No puedo quejarme —sonrió la joven.

—Eso significa que el trabajo es de su gusto.

—Sí, en efecto, me gusta mucho —mintió.

—Lo celebro. —Lacklon se aclaró la voz—. Fulvia, me agradaría recordarle una cosa.

—¿Sí?

—Tengo pendiente una invitación para usted. ¿Cuándo me permite hacerla efectiva?

Fulvia trató de disimular la repulsión que le inspiraba el sujeto.

—No sé si debo... —vaciló.

—Cuando a usted le parezca mejor —dijo él persuasivamente.

Fulvia dudó de nuevo.

Con toda claridad, se percató de la atracción que ejercía sobre Lacklon, quien la devoraba con los ojos. Debía negarse, pero el instinto le dijo que lo más conveniente resultaba contemporizar.

—Quizá la semana próxima —sugirió.

—Se lo recordaré el lunes. Hasta luego.

—Adiós, Gnar.

Lacklon se alejó, y ella, sin saber por qué, sintió un infinito alivio.

* * *

Cuando Lacklon llegó a su despacho se encontró con un hombre de mediana edad, calvo y gordo como un barril. El individuo se puso en pie al verle entrar.

—Saludos, Gnar Lacklon —dijo Phuss Serster—. ¿Cómo te van las cosas?

—Así, así, doctor —contestó Lacklon malhumoradamente.

—No sale todo como tú querías, ¿eh? —dijo el otro con aire socarrón—. Parece que la otra noche te dieron un disgusto.

—¡Basta! —cortó el psicoseñor secamente—. No te he llamado aquí para charlar de tonterías.

—A cualquier cosa llamas tú tonterías, Gnar —respondió Serster sin inmutarse—. Eso supone, diría yo, un duro golpe para tus aspiraciones, ¿no es así?

Lacklon miró a su visitante con dureza.

—Phuss, resultaría más cómodo para ambos que refrenaras un poco tu maldita lengua, ¿estamos?

—Muy bien, como quieras. Pero a mí no me engañas tú, muchacho;

te conozco desde hace años y sé lo que piensas. Yardux está hecho una momia viviente y tú quieres ocupar su puesto, ¿verdad?

—¡Calla! —rugió Lacklon lívido de ira—. No digas insensateces...

—No soy tonto, Gnar. Se publicó la noticia de vuestra reunión y la aprobación de la entrega de armas de fuego a los psicoguardias, a iniciativa tuya. Para el que te conozca, no resultará difícil adivinar tus proyectos..., claro que a largo plazo, pero no por ello menos ciertos.

—Está bien, dejemos esto, Phuss. No te he llamado para hablar de mis propósitos, sino para hacerte una consulta.

—¿De qué se trata?

—Hay tipos que han eludido la localización de sus ondas mentales, seguramente porque han construido un interferidor. ¿Podrías construir tú un aparato que anulase los efectos de ese interferidor?

Serster hizo una mueca.

—Anular los efectos de un interferidor de ondas mentales —dijo.

—Sí —confirmó Lacklon.

—Pudiera ser..., pero no resultará fácil.

—Eres doctor en Psicoelectrónica. Lo que tú no consigas, no lo conseguirá nadie.

—Estás halagándome y no de un modo desinteresado. Si supiera cómo es el interferidor...

—Hasta ahí ya no puedo llegar yo —declaró Lacklon—. Lo más que puedo decirte es que sé que existe y que lo utilizan.

—Muy bien, haré lo que pueda, pero tú también tendrás que ayudarme.

—¿Cómo, Phuss?

—Primero construiré un interferidor y echaré pestes mentalmente de Yardux. Si no funcionase, mi tarjeta aparecería con tres círculos rojos. Anúlala, ¿entendido?

—De acuerdo. ¿Y si funciona?

—Si funciona..., bueno, será igual que conocer el arma que emplea el enemigo. Fabricar la contraarma resultará ya sencillísimo —remató Serster con notable desenvoltura.

Se puso en pie y guiñó un ojo a Lacklon.

—Oye, Gnar, ¿qué me «tocará» a mí cuando estés en la cima? —preguntó cínicamente.

—No te quejarás de mi generosidad —replicó Lacklon.

—Eso espero. Adiós, Gnar.

—Avísame apenas conozcas el resultado de tus investigaciones, Phuss.

* * *

Estaba insomne y por ello oyó el leve ruido del gancho forrado al agarrarse al antepecho de la ventana.

Segundos después, vio una silueta en el hueco. Fulvia ya no sintió sorpresa al reconocer a Hart.

—Estaba esperándole —dijo a media voz.

Hart soltó una risita. Corrió las cortinas y se quedó de espaldas a la cama.

—Vístase —indicó.

Fulvia estuvo lista en pocos momentos.

—De modo que sabía que iba a venir, ¿eh? —dijo él.

—Sí. Ya puede volverse.

—¿Quién se lo dijo? —preguntó Hart, mientras giraba sobre sus talones.

—Nadie. Lo presentía.

—Vaya, eso sí que me agrada. De modo que presentía mi llegada.

—Después de lo que ha pasado estos días, ¿no lo encuentra natural?

—Casi casi —admitió Hart—. Bueno, ¿en qué consiste el mensaje?

—¿Es que tengo que darle un mensaje? —se extrañó Fulvia.

—Claro. Sentiría decepcionarla, pero no he venido aquí sólo para verla a usted.

Ella le miró con expresión de curiosidad.

—Nadie me ha dado un mensaje para usted —manifestó.

—¿De veras? ¿Tampoco se lo dieron la vez anterior?

—Bueno, yo me limité a contarle lo que había pasado durante mi turno de observación.

—¿Qué ha pasado hoy?

Fulvia empezó a comprender.

—El supervisor Haraz me dijo, entre otras cosas, que era posible fabricar un aparato capaz de anular la acción del interferidor —declaró, mientras se tocaba la cinta que rodeaba su cabeza.

—Conque era eso —murmuró Hart, preocupado—. ¿Qué más, Fulvia?

—Nada más, excepto que…

La joven calló, muy sonrojada.

—Vamos, hable —rogó Hart—. ¿Hay algo que yo no deba oír?

—Se trata de un asunto personal, Erin.

—Siendo así, no insistiré.

—Pero tampoco tiene importancia que lo sepa. Lacklon quiere que yo acepte una invitación a cenar con él.

Hart sonrió alegremente.

—Caramba, con el puritano —dijo—. Uno pensaría cualquier cosa de Lacklon, menos que fuese aficionado a ciertas expansiones.

—¿Por qué no? —se amoscó Fulvia, herida en su amor propio—. Es un hombre.

—Sí, claro. Dispense, no quise ofenderla.

—Pero no sé si aceptar. Estoy dilatando la fecha cuanto puedo.

—No tiene por qué rechazar la invitación. Acepte y acuda adonde él le indique.

—Es que… a veces siento miedo de ese hombre. Cuando me mira, parece como si traspasara la frente con sus ojos.

—Es un tipo despiadado y astuto, en efecto, pero creo que usted no debe temerle. De usted no sospecha, Fulvia. Usted no es una errática.

—Se habla muy mal de esas gentes —dijo ella—. ¿Es cierto que se vive tan bien fuera de las ciudades?

—No sabría cómo definírselo, salvo que lo expresara con una sola palabra: libertad. Libertad absoluta de ir y venir donde uno tenga en gana y pensar lo que a uno le parezca. Aquí me paro a la sombra de un árbol, junto a un riachuelo, allí enciendo una hoguera para asar una pieza de caza capturada…, duermo lo que me parece, como sólo cuando tengo hambre… Tal vez una existencia demasiado primitiva. Muchos, es cierto, no la pudieron soportar y regresaron para reintegrarse de nuevo en el Sistema.

—Usted no lo haría, ¿verdad?

—Jamás —declaró Hart apasionadamente—. Todo lo que obtengo, lo consigo con mis propias manos, sin necesidad de apretar un botón en una máquina para recibir la comida y la bebida.

—En el invierno pasará mucho frío —se estremeció Fulvia.

—Hay leña en abundancia y agrada pasar las horas junto al fuego. Aparte de que cuando se camina en busca de comida, se hace ejercicio y eso quita el frío. Pero también resulta sano. ¿Y qué me dice del verano en el campo? ¿No se ha bañado nunca en un río, cuando aprieta el calor de veras? Si no ha hecho eso, no sabe qué es disfrutar de la existencia.

—Le estoy mirando con envidia —confesó la joven.

Hart soltó una risita y apretó su brazo cariñosamente.

—Un día de éstos vendré a buscarla para irnos a bañar al río —dijo —. Pero antes tengo que hacer algo.

La sombra de Yardux planeó de nuevo sobre los dos y dejaron de sonreír.

—Tenga cuidado —aconsejó ella—. Y no lo digo yo solamente, Erin.

Hart arqueó las cejas.

—¿Quién más lo dice? —inquirió.

—Haraz, mi supervisor, mencionó algo parecido. Fue cuando dijo que era posible construir un anulador del interferidor.

—Ah, ya —contestó Hart con indiferencia—. De todas formas, tendré en cuenta su consejo. Gracias, Fulvia. Volveré otro día.

—¿A buscar un nuevo mensaje?

—O a buscarla a usted para una excursión al río —contestó él, jovialmente.

Momentos después, Fulvia quedaba sola.

Se preguntó quién daba los mensajes para Hart a través de ella. Había algo que no comprendía y se daba cuenta de que no le sería fácil llegar al entendimiento de todo cuanto se refería a aquel complicado asunto.

Pero sabría esperar.

CAPITULO IX

—Es hora de que empecemos a pensar seriamente en el asalto a la Gran Guarida.

Cairmont torció el gesto.

—No va a resultar fácil —objetó.

—Lo sé —admitió Hart—. ¿Tienes tú alguna idea de Ia clase de trampas que encontraremos por el camino?

—Las barreras de energía de los círculos exteriores, en primer lugar —contestó Cairmont.

—Eso funciona con electricidad, si no estoy engañado.

—Efectivamente.

—¿Cuáles son las trampas interiores?

—Rejas de alta tensión. Mil quinientos voltios como mínimo.

—¿Has dicho rejas? —se extrañó Hart—. ¿Ese vejestorio necesita protegerse con un vulgar enrejado de hierro?

—No me has entendido. Cada una de las antesalas está protegida por una espesa red de electricidad inalámbrica, unas cincuenta líneas verticales y otras tantas horizontales. Eso no hay ser humano que lo traspase.

—Y hay cuatro.

--Sí.

Hart reflexionó unos instantes.

—¿Podrías trazarme un esquema de la distribución interior de la residencia de Yardux?—consultó al cabo.

—Sí, por supuesto.

Cairmont alisó con la mano un trozo del suelo de la cueva. Luego, con un palito, trazó una serie de líneas y rayas, a la vez que daba las oportunas explicaciones verbales.

—Ahora lo entiendo un poco mejor —dijo Hart, cuando su amigo hubo terminado—. Y por eso te metieron a ti en el Centro de Psicoreeducación.

—Efectivamente. Se me ocurrió pensar que si Yardux era tan amado de la Humanidad, no necesitaba protegerse de tal manera y... Bueno, tú viste el resultado.

—Sí, la directora Ulhson debe de estar tirándose de los pelos todavía. Una guapa mujer, a pesar de todo, ¿eh, Benno?

Cairmont se sonrojó ligeramente.

—Me habría gustado encontrármela en otras circunstancias —declaró.

—No lo lamentes. Es una fanática del Sistema. Benno, a juzgar por lo que me has dicho, la cosa es muy difícil. Pero no imposible.

—Es una locura, aunque a veces las locuras salen bien por serlo.

—Sí, es cierto. Sin embargo, observo que te has olvidado de señalar algo en el plano.

—¿De qué se trata, Erin?

—Todas las trampas están alimentadas eléctricamente. ¿Dónde está la central de fuerza?

Los ojos de Cairmont brillaron.

—Creo que te comprendo —dijo—. Aquí, Erin —y señaló con el palito un punto en el esquema diseñado sobre la tierra.

* * *

Cuando la visita le fue anunciada a través del interfono, Lacklon dio permiso. Momentos después, entraba Phuss Serster en el despacho.

Serster traía un maletín en la mano y una sonrisa en los labios.

—Hola, Gnar —saludó alegremente—. ¿Cómo te encuentras? No, no me digas que te duele el estómago; se te nota en la cara...

—No me duele el estómago ni ningún otro órgano —refunfuñó Lacklon—. ¿Qué traes de nuevo, Phuss?

Serster hizo caso omiso de la pregunta.

—Pues parece que tengas una úlcera como esa mesa —dijo—. Gnar, temo que tú no serás feliz jamás, ni siquiera aunque llegues a ser el Número Uno, que, por lo que parece, es tu máxima ambición.

Lacklon se sorprendió al oír aquellas palabras.

—¿Por qué dices eso, Phuss?

—Careces del sentido del humor, estás continuamente avinagrado y no sabes apreciar, el lado bello de la vida. En lugar de esa túnica tornasolada, deberías llevar una de color amarillo; es el color de la envidia.

—¡Basta! —cortó Lacklon irritadamente—. ¿Qué noticias me traes, Phuss?

—¿Has recibido alguna tarjeta mía con la indicación de «Pensamientos peligrosos»?

—No —respondió Lacklon.

—Funciona —dijo Serster, satisfecho—. Mi interferidor funciona.

Los ojos de Lacklon brillaron de alegría.

—Eso significa que has construido el detector —exclamó.

—Gnar, hablemos claro. El otro día, cuando me hiciste este encargo, te pregunté yo qué me «tocaría» cuando fueses el Número Uno. Dímelo ahora, por favor.

Lacklon se echó hacia atrás en su asiento y miró a su amigo de hito en hito.

—¿Qué quieres, Phuss? —preguntó.

—El Número Dos.

—Mi sitio.

—Justamente.

—Lo veo muy difícil, Phuss.

—¿Por qué, Gnar?

—Cuando este sitio quede vacante, habrá de ser cubierto por elección. El candidato deberá conseguir, al menos, tres cuartas partes de los votos de los restantes consejeros.

Serster dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —gritó Lacklon.

—Adiós, Gnar —dijo Serster fríamente—. Si el Número Uno no es

capaz de designar al Número Dos, no sé de qué le sirve ser Número Uno.

Lacklon lanzó un juramento. Luego emitió una orden:

—¡Quédate, maldita sea! Tendrás mi puesto. No sé cómo lo conseguiré, pero lo tendrás.

Serster se acercó de nuevo a la mesa.

—Así está mejor —sonrió. Y añadió cínicamente—: Somos ambiciosillos, ¿eh?

—Déjate de tonterías y dime qué has conseguido, Phuss —pidió Lacklon malhumoradamente.

Serster puso el maletín sobre la mesa.

—Una vez construido el psicointerferidor, que ése es su nombre correcto, construir el psicolocalizador no resultó demasiado difícil —explicó—. Aunque tus enemigos usen un psicointerferidor, tú podrás detectarlos con toda facilidad.

—¿En qué se basa ese aparato, Phuss?

—Es demasiado para ti, que eres un poco duro de mollera —contestó Serster mordazmente—. Las emisiones mentales del sujeto objeto de detección quedan anuladas por su propio psicointerferidor, pero mi detector actúa doblemente en dos sentidos. Es como si tú te ocultaras detrás de una plancha de hierro para no ser visto, pero yo emplease un tubo de rayos catódicos de efecto reflector.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Lacklon.

—Rayos X con reflejo, es decir, proyectados desde el observador y no frente al observador, como se hace corrientemente en los estudios y diagnósticos médicos. El paciente está entre el tubo emisor de rayos catódicos y el médico, ¿no es así?

—Cierto, Phuss.

—Bien, mi aparato se basa en eso precisamente, en los Rayos X con reflejo, que se usan en circunstancias digamos difíciles. El médico ya no necesita colocar al paciente ante el tubo de rayos catódicos, sino que le examina por medio de un proyector portátil, con un mecanismo reflector. Más o menos, eso es lo que yo he hecho. Una descarga de mi

psicolocalizador «taladra» por decirlo así la defensa del sujeto a quien queremos localizar; la siguiente descarga penetra en su mente y sitúa su posición. Si tenemos en cuenta que el aparato tiene una frecuencia de sesenta descargas de cada clase, podremos darnos una ligera idea de su efectividad.

—Sesenta descargas de perforación y otras tantas de localización.

—Justamente, y en un segundo de tiempo.

—Muy bien —Lacklon miró satisfecho a su amigo—. Has hecho un buen trabajo. Y ahora, dime, ¿cómo se maneja ese cacharro?

—¿Quién lo va a utilizar? —quiso saber Serster.

—Un hombre de toda mi confianza, el capitán Kublai.

—Llámalo, quiero enseñárselo a él mismo. Pero… —Serster alzó el índice derecho—, recuerda una cosa, Gnar.

—Sí, Phuss.

—Quiero el Número Dos.

—Lo serás —prometió Lacklon.

—Ya lo creo que lo seré. Si no fuera así, tú pasarías a ser el Número Cero. ¿Sabes que esta conversación está siendo registrada y enviada por radio a un lugar secreto donde quedará oculta la grabación para ser empleada en caso necesario?

—No descuidas detalle, ¿eh? —dijo Lacklon, apretando los labios.

—Con tipos como tú, descuidar el menor detalle puede resultar funesto —declaró Serster, impasible—. Anda, llama a ese Kublai.

Lacklon hizo la llamada. Cuando terminó, Serster soltó una risita:

—Nos vamos a divertir con los dos primeros números de la serie, ¿eh? —dijo con su cinismo habitual.

* * *

La muralla se erguía ante él como una valla absolutamente lisa, de ocho metros de altura, y sin el menor asidero, salvo en el borde superior.

Hart contempló pensativamente aquella pared que emitía un ligero brillo en la oscuridad, devolviendo las lejanas luces de la urbe situada al pie de la montaña. Desde donde estaba podía ver los orificios de proyección de la valla de energía que abrasaría instantáneamente a cualquiera que quisiera traspasar el muro de seguridad sin ser autorizado.

La central de fuerza estaba al otro lado, entre dos de las murallas, concretamente entre la primera y la segunda, contando desde el interior del recinto. Hart tenía que salvar dos muros y destruir la central.

Disponía de elementos sobrados para ello. Una vez destruida la central de fuerza, las trampas quedarían anuladas automáticamente.

Y podría llegar hasta Yardux.

De repente, un potente chorro de luz cayó sobre él.

—¡Ahí está! —gritó alguien.

Hart se volvió, sobresaltado.

Un vehículo de patrulla evolucionaba lentamente sobre su cabeza, enfocándole con todos sus reflectores. Hart se preguntó cómo había podido ser descubierto.

No había tiempo para hacerse preguntas; lo urgente era defender la vida.

Alzó el rifle, pero no pudo emplearlo. Sintió un tremendo golpe en el pecho y las piernas se le doblaron.

La patrullera se posó en el suelo y el capitán Kublai saltó fuera inmediatamente.

Hart yacía en tierra, de costado, casi de bruces, completamente inmóvil. La sangre manaba de un orificio abierto en su espalda por la salida del proyectil.

—Todavía respira, capitán —dijo uno de los Psico- guardias.

Kublai dudó un momento. Luego dio una orden:

—El transmisor.

Uno de sus hombres le trajo un aparato portátil de radio. Kublai pidió comunicación urgente con el Psico- señor Gnar Lacklon, dondequiera que estuviese.

Momentos después, oía la voz de Lacklon:

—¿Alguna novedad, capitán?

—Sí, Psicoseñor. Hemos capturado al errático Erin Hart.

—¡Magnífico! —aprobó Lacklon—. ¿Vivo o muerto?

—Gravemente herido, creo —respondió Kublai—. El proyectil le ha atravesado de parte a parte, a la altura del pecho. ¿Qué hacemos, Psicoseñor?

Lacklon estuvo a punto de emitir úna orden tajante: «Remátenlo.»

Pero se contuvo. No le convenía aparecer demasiado sanguinario ante sus subordinados.

Además, en lo sucesivo, podría prescindir de las armas de fuego, merced al invento de su amigo Serster.

—Ha funcionado bien el anulador de interferencias mentales, ¿eh? —dijo al cabo.

—A la perfección —respondió Kublai—. Espero sus órdenes, Psicoseñor.

Lacklon sonrió. Sí, sería un desquite mucho más divertido.

En lo sucesivo, Hart ya no sería enemigo para él. Todo lo contrario.

—Me alabará mientras viva —murmuró. Y alzando la voz, dio la última orden de aquella noche—: Capitán, hágale la primera cura. Luego llévenlo a un Centro de Psicoreeducación.

—Sí, Psicoseñor —contestó Kublai.

CAPITULO X

Lacklon abrió la puerta y contempló con ojos voraces la atractiva

figura femenina que tenía ante sí.

—Pase, Fulvia —invitó.

—Buenas noches, Gnar —saludó.

Avanzó unos pasos. Sentíase un tanto conturbada al hallarse en la residencia particular de Lacklon.

Era un departamento amplio, espacioso, con una vasta terraza, adornada con plantas, desde la que se divisaba una vista espléndida.

—Es un lugar muy hermoso —alabó.

—Celebro que le guste —contestó Lacklon—. ¿Quiere tomar un aperitivo antes de cenar?

—¿Aperitivo? —repitió Fulvia, extrañada.

—Oh, olvidaba que es una palabra en desuso. —Lacklon se acercó a una mesa y cogió dos copas, entregando una a su bella visitante—. Pruébelo, por favor.

Ella tomó un sorbo y tosió.

—Es una bebida alcohólica —dijo, sorprendida.

—Sí. Ser Psicoseñor tiene sus ventajas —sonrió Lacklon—. Por ejemplo, disfrutar de la compañía de una hermosa mujer.

—Usted me halaga —contestó Fulvia.

—Sólo he expresado una milésima parte de la verdad...

Fulvia se sintió incómoda. Los ojos de Lacklon recorrían continuamente su figura, cubierta con una sencilla túnica, muy corta, que dejaba al descubierto uno de sus redondos hombros.

—Sigue siendo exagerado —dijo ella, procurando tener un aire jovial.

—Como quiera. No discutiré sobre este particular, porque ya tengo formada mi opinión. Pero, siéntese, por favor. La cena estará lista dentro dé unos minutos.

Fulvia se sentó en un cómodo butacón. Lacklon quedó en pie, mirándola fijamente, con la copa en la mano.

—¿Se siente contenta con su puesto? —preguntó.

—Mucho. Es agradable y poco fatigoso.

—Y muy útil a la Humanidad. Su trabajo evita pensamientos perniciosos y permite controlar a quienes los conciben, para enviarlos si procede a los Centros de Psicoreeducación. Algunos habían conseguido evitarlo, pero eso ya no sucederá más a partir de ahora.

—¿Cómo es eso? —preguntó Fulvia, extrañada.

—Hay tipos astutos que se construyeron un interferidor de emisiones mentales. Un arma defensiva, por supuesto, pero siempre que aparece una nueva arma, se inventa inmediatamente la contraarma.

—Interesante —dijo Fulvia, sintiendo frío en su interior, pese al alcohol.

—Sí, es la vieja lucha entre el proyectil y el blindaje. Nosotros hemos logrado perforar el blindaje que suponía para la mente un interferidor.

Fulvia se tocó instintivamente la cinta que ceñía su abundante cabellera. Lacklon no se percató del detalle.

—De modo que... —dijo ella.

—Sí, los interferidores de emisiones mentales ya no sirven para nada. El pensamiento nocivo puede ser localizado como antes.

Fulvia se estremeció.

—¿Han hecho alguna prueba? —preguntó.

—Sí. Precisamente ocurrió anoche mismo. Capturamos a uno de los más pertinaces erráticos, un tipo llamado Erin Hart. Ahora está en un Centro de Psicoreeducación.

La cara de Fulvia se cubrió de una palidez mortal.

—¿Han capturado a Hart? —repitió.

—Sí —confirmó Lacklon—. Era, puede decirse, el cabecilla de ese movimiento rebelde, con lo que la mayoría de nuestros problemas están ya solucionados.

—Y, claro, ha ido a parar a un Centro de Psicoreeducación para que le conviertan en un ciudadano consciente.

—En efecto.

—¿A qué centro ha ido a parar, Gnar?

—Al Número Diecinueve, pero..., ¿por qué seguir hablando de un tipo que ya no debe merecemos el menor interés? Hablemos de nosotros mismos, ¿quiere?

Fulvia meditó.

Debía disimular, tratar de ocultar sus pensamientos.

El interferidor ya no servía ahora para nada. Lacklon no mentía, estaba segura de ello.

Pero Hart corría un serio peligro. «¿Cómo salvarle?», se preguntó.

—La cena está ya servida —anunció Lacklon de inmediato.

Fulvia se retiró dos horas más tarde. Lacklon se quedó un tanto defraudado.

—No se ha mostrado muy complaciente que digamos —masculló—, pero debe ser por timidez. Cenar con un Psicoseñor no es cosa que suceda a diario.

Luego sonrió.

—Todo cambiará cuando haya tomado más confianza conmigo —se dijo.

* * *

—¿Puedo hacerle una pregunta, Sadd?

Haraz se detuvo ante el pupitre que ocupaba Fulvia.

—Sí, desde luego —accedió.

—¿Es posible visitar a una persona internada en un Centro de

Psicoreeducación?

—¿Por qué dice eso, Fulvia? —se extrañó el supervisor.

—Tengo un amigo sometido a tratamiento. Me gustaría verle.

—Hay horas de visita, desde luego. Si me dice el número del centro, podré informarme directamente.

—El Diecinueve, Sadd.

—Muy bien. Voy a llamar. Regresaré en seguida.

—Gracias.

Haraz se alejó, para volver a los cinco minutos.

—Tres días de visita, lunes, miércoles y viernes, de diez á quince horas —informó.

—Muchas gracias, Sadd.

—Oh, no tiene importancia. ¿Es algún familiar suyo si paciente?

—No, sólo un buen amigo mío. Se llama Erin Hart.

—¡Hart! —repitió Haraz.

Fulvia dirigió una mirada de extrañeza al supervisor.

—¿Le conoce usted? —preguntó.

—Oh, me sorprendió, simplemente. Es un nombre que ha sonado mucho en los últimos días.

—Entiendo. Dicen que llevaba puesto un interferidor de emisiones mentales, pero que, aun así, pudieron detectarle, y es lo que motivó su captura.

Haraz entornó los ojos.

—Muy interesante —comentó en tono intrascendente—. Bien, siga con su trabajo.

—Sí, Sadd.

Fulvia meditó unos instantes al quedarse sola. La actitud de Haraz le extrañaba bastante.

Le resultaba incomprensible tanto interés por un sujeto que, en apariencia, sólo merecía el desprecio de la gente. Pero, de pronto, empezó a recordar detalles y a encadenar hechos.

Le costó muy poco llegar a una conclusión.

Haraz era amigo de Erin Hart. Ella, inconscientemente, había sido portadora de los mensajes que Haraz había enviado para el joven.

Pero, ¿cómo era posible que Erin no hubiese hecho caso de la última advertencia? ¿No le había dicho ella, transmitiendo las palabras de Haraz, que el interferidor podía ser anulado?

Tendría que preguntárselo en la visita que le haría en cuanto pudiese, antes de que el tratamiento psicoreeducativo lo hubiese reducido al estado de imbecilidad.

* * *

Hart abrió los ojos y sintió un ligero dolor en el pecho. Al cabo de unos momentos, se dio cuenta de que estaba tendido en el lecho de un hospital.

Recordó todos los detalles de su captura. De lo último que se acordaba era del choque del proyectil contra su cuerpo.

La herida no le preocupaba en demasía. Los métodos de curación eran eficaces y muy rápidos, casi instantáneos. La regeneración de los tejidos lacerados o contundidos se producía en pocas horas y la sangre perdida era repuesta muy pronto.

Más le preocupaba otra cosa: su futuro.

Lo veía muy negro. Si había sido capturado y conducido a un hospital para su curación, no lo habían hecho por motivos humanitarios.

No, los motivos eran muy otros.

Sería sometido a un tratamiento de psicoreeducación.

Todos sus proyectos quedarían frustrados. Ya no podría continuar luchando más contra aquel injusto estado de cosas.

La puerta de la habitación se abrió en aquel momento y entró una persona. Hart la reconoció y ello fue la confirmación de sus tristes augurios.

—Hola, directora Ulhson —saludó.

CAPITULO XI

Irma le dirigió una mirada inexpresiva. Luego cerró la puerta, acercándose acto seguido a una mesita, sobre la cual dejó la mesa con el material de inyecciones.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ella.

—Bien, aunque un poco deprimido.

—Me lo imagino. El *shock* del impacto fue mayor de lo que pensábamos. Un centímetro más a la izquierda y la bala le habría atravesado el corazón.

—Lo que significa que tuve suerte.

—Sí. Debe agradecérselo al capitán Kublai. El fue quien le practicó la primera cura, y por cierto, muy expertamente.

—Vaya con el Psicoguardia —dijo Hart, chancera- mente—. Primero me derriba a tiros y luego me salva .la vida. Quizá le den algún día la medalla de la Máxima Bondad.

—No sea sarcástico. Su situación no tiene nada de agradable.

—Ya me lo imaginó, directora. ¿Cuándo empiezo?

Irma entornó los párpados.

—¿Sabe en qué consiste un tratamiento de psicoreeducación? —preguntó.

—Usted tiene sobrada experiencia. Cuente, cuente, resultará fascinante oírlo.

—El sujeto es sometido a hipnosis. Durante su sueño, se le infiltran ideas de bondad, amor al prójimo y a la comunidad y odio a las guerras y al desorden.

—Olvida usted una cosa, directora.

—El amor a Yardux.

—¡Puah! —dijo Hart—. ¿Quién puede querer a ese canalla, que asaltó el reducto más sagrado de todo ser humano? Me refiero a la mente, por supuesto.

Irma se encogió de hombros.

—Yo no he hecho las leyes —contestó.

—Pero las cumple.

—Es mi deber.

—Aunque algunos resultan muy tenaces al tratamiento, ¿no?

—Sí, es cierto. Quizá sea usted uno de ellos.

—Como mi amigo Benno Cairmont, ¿verdad?

A Hart le pareció que Irma enrojecía ligeramente, a la vez que se alteraba su respiración.

—Sí —convino ella—, fue un paciente difícil.

—Con gran suerte para mí, que pude llevármelo todavía en buen uso —exclamó Hart alegremente—. ¿Se considera fracasada, respecto a Cairmont?

—¿Usted qué cree, Erin?

Irma tomó la pistola de inyecciones y un algodón mojado en alcohol.

—No se resista, se lo ruego —pidió.

—Sería inútil —suspiró él, alargando el brazo.

Irma se inclinó sobre él.

—Simule quedarse dormido dentro de veinte segundos —dijo en voz muy baja—. Siga así hasta nueva indicación. Le resultará molesto, aburrido tal vez, pero es la única forma de solucionar su caso.

Hart dominó un gesto de sorpresa.

«¡Demonios! ¡Ahora comprendo por qué aquel pinchazo no consiguió dormir al Psicoguardia!»

Cambió una mirada con Irma, Ella hizo un pestañeo de asentimiento.

La directora se retiró unos pasos. A los pocos momentos, Hart cerró los ojos y fingió dormir apaciblemente.

Irma se acercó a un micrófono situado en la pared y dijo:

—El paciente se halla en estado hipnótico. Traigan el acondicionador mental.

—Está bien, directora.

Momentos después, un hombre de bata blanca entró, empujando un carrito, que situó junto a la cama,

—Puede retirarse, Charvey.

—Sí, directora.

Encima del carrito había un casco que Irma ajustó a la cabeza del supuesto paciente. Mientras lo hacía, dijo:

—La primera sesión durará sesenta minutos. Permanezca inmóvil, ¿entendido? No oirá nada, por supuesto, pero esto queda entre los dos.

, Hart movió los párpados en señal de asentimiento. Irma se situó junto al carrito y movió varios mandos en el tablero de instrumentos.

Luego volvió a inclinarse sobre el paciente.

—Ahora tendría que escuchar una serie de normas morales, pero no oirá nada. Luego le daré más instrucciones. Adiós.

Irma se marchó, contemplada por Hart a través de · las pestañas.

-—No toda la gente es mala —musitó, alegremente sorprendido por la inesperada revelación.

* * *

Phuss Serster abrió la puerta y parpadeó al reconocer la identidad de su visitante.

—¡Tú! —dijo.

Sadd Haraz sonrió cortésmente.

—El mismo. ¿Puedo pasar, Phuss?

—Sí, claro…

Haraz cruzó el umbral. Serster cerró la puerta.

—Me gustaría invitarte a algo, pero si no quieres un vaso de leche, no puedo ofrecerte otra cosa. Supongo que no estarás hambriento, Sadd.

—Desde luego que no.

Haraz paseó la vista por el interior de la estancia.

—No es demasiado lujosa —calificó.

—Me sobra para mí —respondió Serster, visiblemente inquieto por la inesperada visita—. ¿En qué puedo servirte, Sadd?

—Claro que más adelante dispondrás de una lujosa residencia, tal vez la misma que hoy tiene Lacklon —siguió Haraz, impasible—. ¿Me equivoco, Phuss?

Serster se puso rígido.

—No entiendo qué quieres decir, Sadd —manifestó.

—Eres un mal mentiroso, bola de sebo —sonrió Haraz—. ¿Por qué no dices la verdad de una vez?

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —respondió Serster secamente—. Sal de mi casa en el acto, te lo ruego.

—Aguarda un poco, hombre. Si apenas hemos empezado a hablar… y tenemos que contamos tantas cosas… ¿No es verdad, Phuss?

Serster estaba lívido.

—Bueno, Lacklon es mi amigo —admitió a regañadientes—. Pero, ¿cómo te has enterado?

Haraz sonrió.

—Tu amigo tiene muy mal vigilado su despacho y yo también soy un buen técnico en electrónica, aunque no doctor en Psicoelectrónica, como tú. Fue una lástima que Erin Hart no siguiera mi consejo.

—Entonces… tú sabías que Lacklon me encargó…

—Sí, aunque no me enteré con la debida antelación ni tampoco pude avisar a Hart.

—¡Eso significa que eres cómplice de los erráticos!

—«Soy» un errático —dijo Haraz, suavemente.

Hubo un momento de silencio. Serster contemplaba al visitante con ojos de pasmo.

—¿Tú? —murmuró—. El supervisor de computadoras registradoras de emisiones mentales… ¿Quién lo hubiera dicho, Sadd? —se lamentó Serster.

—Una poco agradable sorpresa para ti, ¿eh? Phuss, eres el sujeto más despreciable que me he echado a la cara en los días de mi vida.

Serster se irguió.

—Sal de mi casa. Vete y seré benevolente contigo y i olvidaré esta conversación —dijo.

—Ni lo sueñes. No he venido aquí para reprender tu i conducta y luego marcharme, descargada mi conciencia con unas palabritas de reproche. Phuss, el trasto que has construido es la culminación de la infamia del Sistema.

—¡Estás comprometiéndote! ¡Piensa que tus emisiones mentales pueden ser detectadas!

—Localizaron a Hart, porque sabían que emitía pensamientos nocivos. ¿Saben que yo lo hago?

—En estos momentos, tus emisiones mentales están siendo captadas, Sadd.

—Sí, lo sé.

—¿Y no te importa? —preguntó Serster, atónito.

—¿Estaría aquí si me importase?

Los ojos de Serster voltearon agónicamente.

—Juro que no te entiendo —dijo.

—Es bien sencillo. Voy a castigar a un traidor.

Hubo un momento de silencio. Serster retrocedió un paso.

Haraz avanzó hacia él.

—Te... te enviarán a un centro de Psicoreeducación —dijo Serster.

—Lo sé. Precisamente al Número Diecinueve.

—Ya no serás nunca más el que eras...

—Eso es algo que no debe preocuparte, Phuss.

Haraz dio otro paso. Serster siguió retrocediendo.

—Querías ser el Número Dos, ¿eh? —murmuró Haraz.

—Espera, espera —rogó Serster—. Tengo influencias con Lacklon...

—A Lacklon también le llegará su hora. Esas influencias no te servirán de nada.

Haraz dio un pequeño salto hacia adelante, que asustó a Serster terriblemente. Su espalda chocó contra el vidrio de la ventana y medio cuerpo asomó al vacío.

Serster chilló.

—¡Ayúdame...! —pidió, a la vez que alargaba una mano hacia su visitante.

Pero Haraz permaneció inmóvil. Serster braceó un poco y acabó venciéndose hacia afuera.

Se oyó un espeluznante alarido, que fue perdiendo volumen, a medida que Serster descendía hacia la calle. El grito se cortó súbitamente, pero el ruido del impacto no llegó hasta la habitación.

La altura era excesiva.

* * *

Lacklon oyó aquella noche una noticia en la emisión informativa:

—«Ha perecido en accidente el reputado científico Phuss Serster, doctor en Psicoelectrónica, quien cayó al vacío a través de una de las ventanas de su habitáculo, situado en la planta trigésimo séptima del edificio donde residía. Funcionarios de la División Policial de Accidentes opinan que puede tratarse de un suicidio, dado que en la casa no se advierten señales de lucha. Es probable —-añadió el locutor — que Serster sufriese un momentáneo ataque de demencia, que le llevó a precipitarse al vacío sin abrir siquiera la ventana...»

Lacklon frunció el ceño.

—¿Suicidio? ¡Qué extraño! —comentó para sí—. Tendré que investigar. Esto no me gusta nada, nada... Parece obra de un errático, pero Hart está internado...

De pronto se estremeció.

—¿Y si se hubiera escapado?

Para tranquilizarse, llamó al Centro de Psicoreeducación Número Diecinueve.

—El paciente Erin Hart se encuentra en estado satisfactorio y sometido al tratamiento aconsejado por la autoridad competente —fue la calmante información que Lacklon recibió a los pocos momentos.

CAPITULO XII

La tarjeta que salió con los tres círculos rojos tenía un nombre y una cifra grabados en los sitios correspondientes.

Eran estos:

VSH. 75.335.127. Nombre: *Haraz, Sadd*

Fulvia leyó los datos y se estremeció.

Miró a derecha e izquierda. Los demás controladores aparecían absortos en su tarea.

La tarjeta desapareció rápidamente en su escote. Siguió trabajando como si nada hubiese ocurrido.

Haraz vino minutos después.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No —respondió ella, sin mirarle.

—¿Qué sucede, Fulvia?

—He recibido una tarjeta con tres discos rojos. Corresponde a su nombre, Sadd.

Haraz no pareció inmutarse.

—Interesante —comentó tranquilamente.

—¿No le asusta? —preguntó ella, asombrada.

Haraz sonrió.

—¿Y a usted?

—He escondido la tarjeta. Usted me daba mensajes que yo transmitía involuntariamente a Erin Hart.

—Al fin lo ha adivinado.

—Sí, pero corremos un serio peligro.

—¿Habla en plural? Me refiero a que se incluye usted en ese riesgo.

Fulvia suspiró.

—¡Qué quiere que haga! Estoy metida hasta el cuello en este asunto.

—¿Dónde está la tarjeta? —preguntó Haraz.

—No sea... indiscreto —repuso ella, sonrojada como una guinda.

Haraz se echó a reír.

—Comprendo. Destrúyala cuando vaya al tocador.

—Sí, ya lo hice una vez. Pero me asalta una duda, Sadd.

—¿De qué se trata?

—Mis pensamientos. ¿No se recibirá una tarjeta acusadora en cualquier otra de las computadoras?

—No. Las computadoras producen, por reflejo, una emisión esférica, que anula los pensamientos nocivos de quienes se hallan en el interior de esa invisible esfera, que tiene un diámetro de unos cien metros, aproximadamente.

Fulvia respiró aliviada.

—Eso lo explica todo. Pero su tarjeta…

—Corresponde a ciertas emisiones mentales que sucedieron anoche. Las computadoras registran los pensamientos nocivos instantáneamente, pero tardan horas enteras en analizarlos y hallar en sus registros de memoria al autor de esos pensamientos. No olvide que somos más de diez mil millones de personas y todos nosotros estamos en los archivos de control.

—Comprendo. ¿Qué es lo que pensó usted anoche?

—La forma de castigar a un traidor; el hombre que inventó el aparato que anula mi interferidor.

—De modo que es usted el que inventó ese interferidor.

—Sí, y Serster ideó la contraarma. Ya no inventará más contraarmas.

Ella se estremeció.

—¿Le mató usted?

—No se puede decir que le tocara ni siquiera con las manos —respondió Haraz evasivamente—. Quería ser el Número Dos cuando Lacklon fuese el Número Uno…, pero ya hablaremos de esto más adelante.

—Sí, desde luego. Una cosa más, Sadd.

—¿De qué se trata, Fulvia?

—Hart está sometido a tratamiento.

Haraz se echó a reír.

—No se preocupe por él —contestó—. Ande, siga trabajando.

—Sí.

Haraz se alejó. Fulvia se sintió muy optimista.

Las noticias eran excelentes.

Pero, ¡faltaba aún tanto para culminar el objetivo!

¿Lograrían alcanzarlo algún día?, se preguntó.

La respuesta podía estar muy lejana.

* * *

—¿Cómo se siente? —preguntó Irma Ulhson, después de dos «sesiones» de psicoreeducación.

Hart hizo una mueca.

—¿Cuánto tiempo debo estar aquí todavía? —indagó.

—Lo peor de todo son las secuelas de su herida. Todavía no está bien curada del todo.

—¿Está segura, Irma?

—No se lo diría si no fuese así.

Hart se incorporó parcialmente en la cama y la miró al fondo de los ojos.

—El balazo no ha ido a parar a un cuerpo vulgar, y no lo digo por presunción, sino porque llevo muchos años viviendo al aire libre. Mis condiciones físicas son muy distintas de las de otro hombre en análogas circunstancias.

—¿Quiere decir que se considera curado?

—Totalmente, directora. Lo único que me faltan son unos buenos filetes sangrantes de venado o de ciervo, pero ya me los procuraré cuando salga.

Irma se estremeció.

—¿Come la carne cruda?

Hart se echó a reír.

—Era una metáfora, directora. Los como asados, pero..., bueno, no es hora de hablar de mis comidas. ¿Cuándo me largo de aquí?

Ella entornó los ojos.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —preguntó.

—Usted ya lo sabe de sobra. ¿Para qué repetírselo?

—Sí, tiene razón. Durante el día no puede ser, Erin.

—¿Por qué?

—Si se lo dijera, no se lo creería.

—Dígamelo y yo le diré si me lo creo o no —sonrió Hart.

—Abajo hay un oficial de la. Psicoguardia, esperando el momento de avisar a Lacklon del éxito de mi tratamiento de psicoreeducación.

Hart frunció el ceño.

—Imagino que debe tratarse del capitán Kublai... —dijo.

—Sí —confirmó la directora.

—Muy bien. Aguardaré a la noche. Pero no esperaré ni un minuto más.

—Al atardecer, iniciaré una etapa más de su tratamiento. Una hora después, diré a Kublai que sigue siendo infructuoso. Después podrá irse, porque él se habrá marchado ya.

—¿Y por qué no engañarles, diciéndole que el tratamiento ha dado resultado?

—Porque me obligarían a hacer comprobaciones médicas reguladas

por la ley y el engaño sería descubierto inmediatamente.

—Muy bien, siendo así, no hay nada que objetar, directora.

Hart sonrió.

—Ahora he comprendido por qué no narcotizó a mi amigo Cairmont —añadió.

Irma se ruborizó.

—Es muy simpático —contestó—. Hablaba mucho con él en sus momentos de lucidez. Decidí que no podía estropear aquella mente.

—Pero con él no se puso previamente de acuerdo.

—¿Me dio tiempo usted? Era la primera vez que le iba a poner una inyección inofensiva.

—Comprendo.

—A pesar de todo, Benno tiene una mente muy poderosa. Hay quien cede a la segunda sesión. El resistió siete.

Hart miró fijamente a la hermosa directora.

—Y le hizo comprender la monstruosidad que significa ese tratamiento, ¿no es cierto?

El pecho de Irma palpitó con fuerza.

—Lo siento —dijo.

Hart le dirigió una mirada de simpatía.

—Ha rectificado a tiempo —manifestó—. Buscaremos a Cairmont y entonces será una mujer libre, aunque esté apresada por sus brazos.

Irma volvió a ruborizarse. Sonrió y dijo:

—Vendré a las siete en punto.

—Aquí estaré —aseguró él.

Hart se quedó solo. Cerró los ojos y juntó las yemas de los dedos de ambas manos.

Aquella noche estaría libre. El problema, a partir de aquel

momento, estribaba en dar el asalto a la guarida de Yardux.

Pero había un obstáculo mayor que todas las vallas de seguridad en torno a la residencia del Número Uno: Gnar Lacklon, Psicoseñor y Consejero encargado del control de más de diez mil millones de cerebros humanos.

* * *

La tarjeta que fue despachada por la ranura de la computadora tenía tres círculos rojos. El controlador que la recibió apenas si le concedió una mirada de indiferencia.

Con la mano derecha, colocó el borde de la tarjeta en otra ranura. Presionó un par de teclas y un perfecto mecanismo la absorbió y empezó a estudiar todos los datos contenidos en ella.

Horas más tarde, la tarjeta llegó a poder de Lacklon.

Había recibido ya unas cuantas con los fatídicos tres discos rojos. Lacklon empezaba a sentirse preocupado.

—La gente piensa demasiado —gruñó—. Cuando yo llegue a ser el Número Uno…

Las cosas variarían, evidentemente. Por fortuna, Serster había ganado una importante batalla antes de morir.

Ya no habría interferidores que ocultasen los pensamientos peligrosos. El localizador de Serster acabaría con todos los brotes de rebelión mental.

Pero Lacklon tenía también un problema y no sabía cómo resolverlo.

¿Cómo ocupar el puesto de Yardux?

¿Por votación entre sus compañeros del Consejo? Lo veía muy difícil. Lacklon era realista y sabía que gozaba de escasas simpatías.

Un golpe de Estado tal vez… pero antes tendría que contar con un fuerte apoyo por otro lado. Los consejeros adictos, la Psicoguardia, que dependía directamente de él…

—Estos tiempos son un asco —masculló—. Antiguamente, todo el mundo cobraba un sueldo. Se podía usar el dinero para sobornar a la gente, pero ahora que no existe la moneda, ¿cómo les compro yo?

Aunque se inventase la moneda, ¿en qué iban a gastar el dinero?

Eran unos pensamientos absurdos. Puestos mejores, mejores residencias..., podría ser, tal vez, una solución.

De pronto, dejó de ocuparse de aquel problema.

Frunció el ceño. Pero, ¿era que todo el mundo estaba volviéndose loco?

La tarjeta que acababa de llegarle a las manos decía:

«HIU. 60.024.011. Nombre: *Ulhson, Irma.*

«Títulos profesionales: *Doctora en Psiquiatría e ingeniero de Psicoreeducación.*

«Posición actual: *Directora del Centro de Psicoreeducación Número Diecinueve.*

«Tratamiento que se aconseja para la titular de esta tarjeta: *Psicoreeducación.*»

Lacklon lanzó un atroz juramento.

—¡Debí de habérmelo figurado! —masculló.

Y muy nervioso alargó la mano hacia el fonovisor.

—Póngame inmediatamente con el capitán Kublai —pidió—. Está en el Centro de Psicoreeducación Número Diecinueve.

Kublai se dejó oír minutos más tarde.

—Estoy a sus órdenes, Psicoseñor —dijo.

—Capitán, busque inmediatamente a la directora Ulhson, donde quiera que esté, y arréstela.

—¿Qué?

—Obedezca, capitán —rugió Lacklon—. Acabo de recibir una tarjeta de control con informes negativos para ella. ¿Entendido?

—Bien, actuaré sin pérdida de tiempo.

—Infórmeme del arresto. Le aguardo en mi despacho.

—Enterado.

Lacklon cortó la comunicación y soltó un bufido.

—Con una traidora así, no es extraño que el tratamiento haya fallado desde el principio —rezongó.

Y luego se dijo que, apenas Kublai echase el guante a Irma Ulhson, se encargaría de que ambos, Irma y Hart, sufriesen un tratamiento «definitivo».

—Para que no vuelvan a molestarme más —dijo, como remate de sus coléricas reflexiones.

CAPITULO XIII

Irma entró en la habitación del paciente, seguida de un ayudante, que empujaba el carrito con el material de inyección y el aparato de psicoreeducación. La joven despidió a su ayudante y se enfrentó con Hart.

Irma sonreía.

—Dentro de una hora estará libre —dijo.

Hart alargó el brazo.

—Con mucho gusto —contestó—. Usted vendrá conmigo, Irma.

—Supongo que podrá conducirme adonde está Benno —dijo ella.

—Los hay con suerte —rió Hart—. ¿Por qué se fijó en él y no en mí?

—Por lo que he podido ver, usted tampoco es de los que pueden quejarse. ¿Qué me dice de esa hermosa muchacha que vino a verle

esta mañana?

Hart suspiró.

—Me tiene loco —confesó.

—¿Lo ve? —rió ella—. Bueno, prepárese…

La puerta se abrió de pronto.

—¡Quietos! —ordenó Kublai.

Hart se sentó de golpe en la cama. Irma se volvió y lanzó un grito de susto.

—Capitán Kublai —dijo Hart.

El oficial sonrió.

—Volvemos a vernos, Hart —dijo complacidamente—. Pero esta vez el que tiene la sartén por el mango soy yo.

—Lo que tiene es una pistola, que es muy distinto —refunfuñó el joven—. Del Museo de Armamento, ¿no?

—Acertó. Pero, aunque no lo crea, no he venido por usted.

Kublai miró a Irma.

—Directora, está arrestada —anunció—. Parece ser que el control de pensamientos ha dicho cosas muy feas acerca de usted.

Irma lanzó un gemido. Hart torció el gesto.

—Y será sometida a psicoreeducación —añadió Kublai—, pero esta vez sin trampa. Salga, directora.

Irma vaciló.

Kublai agitó la mano armada.

—No quiero repetirlo —dijo—. Salga y no oponga resistencia.

—Kublai —intervino Hart—, ¿conoce usted el significado de la palabra esbirro?

—¿Qué pasa? —preguntó el oficial, desafiadoramente.

—Nada —sonrió Hart—. Con esa respuesta, ya tengo más que suficiente. Pero yo, en su lugar, no me sentiría tan ufano.

Kublai entornó los ojos.

—¿Ah, no? Parece que todavía no se ha dado cuenta de las cosas que puede hacer un hombre con una pistola en la mano —contestó.

—Siempre que no tenga a otro detrás, dispuesto a darle un buen garrotazo en su estúpida cabezota.

—¿Eh? —Kublai cayó en la trampa y giró a medias, dispuesto a hacer fuego contra su supuesto atacante.

Era la ocasión que Hart esperaba. Tenía junto a la cama el carrito del instrumental y, apoyando en él la mano derecha, lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Las ruedas del carrito estaban bien engrasadas y el pequeño vehículo se deslizó hacia adelante con tremendo ímpetu. Kublai recibió el impacto en las rodillas y cayó hacia atrás, a la vez que lanzaba un agudo grito de furor.

Hart saltó de la cama y cayó sobre Kublai, sin darle tiempo a recuperarse. Con la mano izquierda agarró la muñeca armada de su oponente y luego disparó un tremendo derechazo a su mandíbula.

El oficial quedó fuera de combate instantáneamente. Hart se apoderó de su pistola y miró a Irma sonriente.

—El peligro ha pasado —anunció.

Irma estaba muy pálida.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó angustiada.

—Largarnos de aquí, por supuesto.

—¿Con el mono del hospital? Hart, yo no puedo darle sus ropas, porque el tratamiento no ha terminado...

Hart se mordió el labio inferior.

—Es un contratiempo, desde luego.

De pronto, fijó los ojos en el caído.

Una sonrisa disipó las sombras que cubrían su rostro.

—Bueno, el amigo Kublai me va a proporcionar un uniforme nuevo —dijo alegremente—. Vuélvase de espaldas, Irma, por favor.

La joven obedeció. Minutos más tarde, Hart anunció que ya estaba listo.

—¿Adonde iremos ahora? —preguntó Irma.

—La cosa se pone más que caliente —respondió el errático Hart—. Primero iremos a buscar a una muchacha que está muy afligida por mí; luego nos reuniremos con Benno. ¿Le agrada el plan, Irma?

Los ojos de la joven se iluminaron.

—Es un plan magnífico —aprobó.

* * *

Fulvia oyó ruidos en su habitación y se sentó en la cama, a la vez que alargaba la mano hacia el interruptor de la luz.

—Cuidado —sonó la voz de Hart—. Espera un momento.

—¡Erin! —dijo ella, extrañada—. ¿Te has escapado?

—Así parece —rió Hart.

Fulvia se dio cuenta de que Hart estaba realizando una extraña operación, situado junto a la ventana y con una soga en las manos. Hart tiró hacia arriba fuerte y, pocos momentos más tarde, otra persona aparecía en la habitación.

—Ya puedes encender la luz, Fulvia —dijo Hart, después de haber corrido las cortinas.

Fulvia miró con curiosidad a la hermosa mujer que había llegado con Hart a su habitáculo.

—¿Quién es? —preguntó.

—Fulvia, tengo el gusto de presentarte a la directora Irma Ulhson.

Irma, ésta es Fulvia Zallán.

—Hola, Fulvia —sonrió Irma.

—¿Cómo está usted? —dijo la muchacha, todavía sin comprender muy bien lo que estaba pasando—. ¿Por qué la has traído, Erin?

—No me ha quedado otro remedio, Fulvia. Lacklon había expedido orden de detención contra ella. Es uno de los nuestros, ¿comprendes?

—Sí, Erin...

—Y estamos aquí porque hemos venido a buscarte, a fin de evitarte algún contratiempo. Las cosas están llegando a su punto máximo y es preciso actuar cuanto antes.

—¿Sucede algo malo, Erin?

—Sucede que ya no podemos dilatar el asalto a la residencia de Yardux por más tiempo de lo indispensable. Debes vestirte y acompañamos.

—¿Adonde iremos?

—A mi escondite. Allí está Benno y, una vez reunidos, trazaremos el plan definitivo.

—Muy bien, Erin, como tú dispongas.

Minutos más tarde, Fulvia estaba vestida.

—Saldremos por la puerta...

—No. Emplearemos el método de costumbre. Apaga la luz, por favor.

Hart ayudó a bajar a las dos mujeres, una tras otra, y luego se reunió con ellas. Después agarró la mano de Fulvia y exclamó:

—¡A correr, chicas!

* * *

Gnar Lacklon se reclinó en su asiento y miró de hito en hito al abatido individuo que tenía frente a sí.

—De modo que se dejó golpear por Hart, y, además, perdió el uniforme.

Kublai estaba rojo de vergüenza y de ira.

—Psicoseñor, deje que yo me encargue de ese maldito...

Lacklon alzó una mano.

—Capitán, silencio —cortó secamente.

Reflexionó irnos momentos y añadió:

—Todavía está usted a tiempo de rehabilitarse.

—Haré lo que usted me indique —dijo Kublai, con gran vehemencia.

Lacklon miró a su interlocutor a través de los párpados entornados.

—Capitán, ¿haría usted todo lo que yo le pidiera? ¿Absolutamente todo? —subrayó.

—Sí, Psicoseñor.

—Muy bien. ¿Se imagina usted cuáles son los proyectos de esa banda de insensatos erráticos?

—Pues...

—Van a asaltar la residencia del gran Yardux, ya puede suponerse los motivos. Pero nosotros estaremos aguardándoles allí.

—Y frustraremos sus planes.

Lacklon soltó una carcajada.

—Nada de eso —contestó—. Dejaremos que liquiden a Yardux.

Kublai se horrorizó.

—Pero, eso es espantoso... Permitir que maten al gran...

—Está medio muerto —dijo Lacklon despectivamente. Se inclinó hacia adelante—: Y yo quiero su puesto, ¿me comprende, Kublai?

El oficial asintió. Sí, comprendía perfectamente a su jefe.

—Pero después de muerto Yardux, puedo encontrarme con algunos obstáculos entre los Psicoseñores restantes. Usted me ayudará a suprimir algunos de esos obstáculos, ¿no es verdad, amigo Kublai? —añadió Lacklon, insinuantemente.

Kublai se estremeció.

—Sí…, sí, Psicoseñor —contestó.

—Quedarán vacantes algunos sillones del Gran Consejo. Una de esas vacantes podría ser para usted, capitán.

La cara del oficial se animó.

—¿Qué es lo que debemos hacer? —preguntó—. Mis hombres me son leales —declaró con orgullo.

—Una manifestación muy consoladora —dijo Lacklon—. Capitán, la síntesis de mi plan consiste en permitir que Hart y sus amigos erráticos liquiden al gran Yardux. Nosotros les liquidaremos luego a ellos, como justo castigo a su espantosa fechoría. Los detalles del plan son…

Lacklon estuvo hablando largo rato. Al terminar, Kublai dio media vuelta y abandonó el despacho, dejando solo a su jefe.

Pasaron algunos minutos. Lacklon se regodeaba pensando en que, muy posiblemente, antes de cuarenta y ocho horas estaría en la cumbre, con el Número Uno.

Una persona entró de pronto en el despacho.

Lacklon se sobresaltó ligeramente.

—Ah, Haraz —dijo—. Es usted.

—No soy otro… —contestó el supervisor, cáusticamente.

Una especie de timbre de alarma funcionó en el cerebro de Lacklon.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.

Haraz se acercó a la mesa, tanteó con la mano por debajo de uno de los bordes y puso a la vista una pequeña caja, de forma oblonga y color negro.

—Esto es lo que quiero decir —contestó—. No sólo he oído su muy interesante diálogo con ese ambicioso bribón que es Kublai, sino que lo he grabado. Dentro de pocas horas, cada uno de los restantes Psicoseñores tendrá una copia de esta grabación.

Lacklon se aferró con manos convulsas a los brazos del sillón.

—Maldito traidor —jadeó.

—Los insultos no me afectan —respondió Haraz tranquilamente—. Pero le conviene saber que está viviendo en las nubes. Sé, positivamente, que hay muchos Psicoseñores que están por cambiar el actual estado de cosas. ¿O pensaba usted que es el único que conspira?

Lacklon estaba aturdido.

—Increíble —murmuró.

—Lo crea o no, es la verdad. Y después de la próxima reunión, usted ya no será nadie —aseguró Haraz.

Lacklon reflexionó.

Debía evitar a toda costa que Haraz saliese de su despacho con la fatídica grabación.

Hizo un esfuerzo y sonrió.

—Está bien. Sé reconocer mi derrota —declaró—. Enviaré por escrito mi dimisión.

—Será lo mejor —contestó Haraz.

Y ya no habló más.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Cometió un error.

El error consistió en volver la espalda a Lacklon. Por eso no pudo ver que el individuo metía la mano en el cajón de su mesa y sacaba una pistola.

El arma detonó varias veces seguidas. Haraz murió sin saber qué le había pasado.

Lacklon contempló la pistola con aire satisfecho.

—Siempre se ha dicho, y con razón, que los museos son muy útiles

para aprender cosas. Entre ellas, desembarazarse de molestos estorbos —murmuró.

CAPITULO XIV

El grupo se detuvo en las inmediaciones de la primera muralla.

Fulvia se sentía muy aprensiva.

—¿Saldrá bien? —murmuró.

—Puesto que nadie nos aguarda… —Hart sonrió en tanto preparaba el fusil que le había cedido Cairmont.

—La explosión hará ruido —dijo Irma.

—Eso es lo que pretendo. Pero también me dejará el camino libre para llegar a la central de fuerza.

Hart colocó una granada en la boca del cañón. Luego apuntó a unos metros por encima del borde del primer muro y apretó el gatillo.

La granada partió silbando, describió una parábola y cayó al suelo, explotando con atronador estrépito.

—¡Rayos! —exclamó Cairmont, atónito.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fulvia, intuyendo que algo no iba como debiera.

Hart apretó los labios.

—Nos esperan —dijo.

—¿Qué? —se espantó Irma.

—La granada tendría que haber explotado en el aire, al contacto con la barrera de energía, provocando un cortocircuito, que habría anulado momentáneamente todas las trampas. Puesto que no ha sido así, es que las han desconectado. Imagínense los motivos.

Hubo unos momentos de desconcierto.

—La explosión nos habrá delatado —dijo Fulvia.

—Es lo que debe de estar aguardando ese condenado Lacklon —rezongó Cairmont.

Hart no dijo nada. Reflexionaba.

De pronto, exclamó:

—Creo que ya tengo la solución. Benno, toma el fusil. Cuando oigas la primera explosión, derriba las puertas de los muros, una por una. Reúnete conmigo en la residencia.

—¿Qué vas a hacer tú, Erin? —preguntó Cairmont.

—Ya lo sabrás. Recuerda una cosa: puede que te encuentres con los esbirros de Lacklon, pero tú estás entrenado con el fusil. Además, dispones de siete u ocho granadas. Empléalas con decisión.

—De acuerdo.

Hart agarró una de las granadas lanzables y pasó el vástago por su cinturón. Luego corrió hacia el primer muro, llevando en las manos la escala de cuerda con gancho que había fabricado tiempo atrás en prevención del asalto que ahora se disponía a ejecutar.

Salvó con facilidad los, dos primeros muros. Se imaginó a Lacklon y a Kublai aguardándole agazapados en la residencia.

Desde el borde del segundo muro divisó la estructura cúbica de la central de fuerza. Saltó al suelo y sacó la granada.

Preparó la espoleta. Luego retrocedió medio centenar de metros y echó el brazo hacia atrás.

La vida al aire libre le había conferido unos músculos excepcionales. Casi pareció que la granada había sido disparada por el fusil.

Apenas lanzada, Hart se tendió en el suelo. Medio segundo después se oyó una fragorosa explosión, seguida de una aterradora serie de chispazos.

Todas las luces de la cumbre se apagaron en el acto.

Sonaron gritos de alarma.

—¡Han volado la central!

—¡Conecten el alumbrado de emergencia, estúpidos!

Se oyó otra explosión. Hart sonrió satisfecho, mientras corría hacia el último muro.

La central de fuerza era un montón de escombros. El alumbrado de emergencia podía iluminar el ambiente, pero la energía recibida era insuficiente para accionar las trampas.

Hart saltó el muro. Delante de él, las ventanas brillantemente iluminadas, se veía la residencia de Yardux, grande, pero de aspecto más bien severo.

Los guardias de Lacklon corrían alocadamente por el espacioso jardín que había en tomo a la residencia. Impasible, Cairmont seguía volando portones a bombazos.

—¡A las puertas, a las puertas! —aulló Lacklon.

Sonaron varios disparos. Los Psicoguardias, no habituados al fuego de fusilería, se dispersaron precipitadamente.

Lacklon aullaba enloquecido, en el paroxismo de su ira. A favor de la confusión, Hart se deslizó sigilosamente por el parque y alcanzó la parte posterior del edificio.

Había una ventana a metro y medio del suelo y Hart rompió los vidrios con el cañón de la pistola que había pertenecido a Kublai. Luego saltó al interior y caminó cautelosamente, oprimiendo con fuerza la culata del arma.

* * *

Lacklon estaba en la puerta del edificio cuando vio volar por los aires la última barrera. Instantes después, divisó a tres personas en el hueco.

Frunció el ceño.

—Un hombre y dos mujeres...

De repente, comprendió la verdad.

—¡Capitán Kublai! —gritó.

—Aquí, Psicoseñor —contestó el aludido.

—Venga conmigo, rápido.

Los dos hombres penetraron en la residencia y se dirigieron a la carrera al primer piso. Lacklon señaló unas cortinas.

—Escóndase ahí, capitán.

Kublai se colocó en el lugar señalado. Lacklon permaneció inmóvil en el centro de la estancia, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Detrás de él había un gran muro de vidrio translúcido, que permitía ver la confusa silueta de una persona sentada en un sillón. Lacklon no miró siquiera a la pared.

Un hombre apareció de pronto en la entrada.

—Hola —sonrió Lacklon.

—¿Qué tal? —dijo el recién llegado.

—Al fin nos encontramos, Erin Hart.

—Por última vez, supongo.

—Supone bien, Hart. Su carrera de crímenes ha acabado aquí.

—Es un punto de vista —dijo el joven, con indiferencia—. Las personas honestas pensarán lo mismo de usted.

—No les permitiré pensar tal cosa, puede .creerme.

—Cuando sea el Número Uno, ¿verdad?

—Exactamente.

—Oiga, es usted un tipo muy raro. No comprendo la clase de ambición que le impulsa a usted a querer pasarse la vida ahí, detrás de una pared de cristal.

—Eso lo hace la senectud —dijo Lacklon, riendo—. Yo soy muy joven todavía.

—Claro, claro, y tendrá mujeres hermosas, que se le entregarán

sólo porque usted les impedirá pensar en que son sus esclavas. Lacklon, oírle hablar así revuelve el estómago.

—Como usted dijo antes, son puntos de vista. Pero, repito, su carrera de crímenes ha acabado ya.

—¿Cómo piensa ocupar el lugar del Número Uno?

—Su amigo Haraz se lo diría, si pudiera —contestó Lacklon.

Un estremecimiento de cólera sacudió el cuerpo de Hart al comprender el significado de la frase.

—Lo ha matado usted —exclamó.

—Averiguó algunas cosas mías que no me convenía fuesen divulgadas —dijo Lacklon fríamente.

—Sus proyectos de eliminar a todos los consejeros que se opongan a sus designios, ¿verdad?

Lacklon emitió un juramento.

—¿Quién se lo ha dicho? —aulló.

—Haraz captó cierto diálogo sostenido en su despacho y nos lo retransmitió. Naturalmente, no pudo decir después lo que usted había hecho con él. Yo mismo lo ignoraba hasta este instante.

—De modo que Haraz...

—Era hombre prevenido. Por si usted interfería la grabadora que tenía bajo su mesa, tenía otra prevenida, claro que no encima de él, sino en nuestro poder. Copias de tal grabación han sido enviadas ya a los demás Psicoseñores. Sus sueños, Lacklon, se han disipado como una burbuja de jabón al estallar.

Una convulsión de ira agitó el cuerpo de Lacklon. De sus labios brotó un aullido inhumano:

—¡Mátelo, Kublai! —ordenó, olvidando el plan trazado.

Las cortinas se agitaron. Hart se arrodilló en el momento en que Kublai aparecía al descubierto.

Una pistola vomitó varias llamaradas. Kublai agitó las manos, se quejó y rodó por tierra.

Lacklon se puso lívido.

—Ahora... me matará a mí —dijo, lleno de un lógico terror.

Hart no dijo nada. En aquel momento, aparecieron Cairmont y las dos mujeres.

—¿Qué hago con ese traidor? —consultó Hart—. Ha asesinado a Sadd Haraz.

Hubo un momento de silencio. Los recién llegados vacilaban.

Lacklon se arrodilló y extendió las manos, suplicando gracia.

—No..., no me mate... Dimitiré... —sollozaba.

En aquel momento se oyó una voz que parecía provenir de las profundidades de la tierra.

—Tu castigo queda en mis manos —dijo Yardux.

* * *

La pared de vidrio parecía haberse disuelto. Una silla, que flotaba en el aire a escasos centímetros del suelo, avanzaba lentamente hasta el centro de la estancia.

Sentado en la silla, con una apergaminada mano sobre los mandos de la misma, había un hombre viejísimo, pero en cuyos ojos brillaba aún una chispa de inteligencia.

—No descubrí yo el control del pensamiento para provecho de picaros —dijo Yardux lentamente—. Lo que hice fue con otros propósitos muy distintos, pero tú y otros como tú habéis falseado mis intenciones, apoderándoos del control total de las mentes humanas. Habéis llevado las cosas demasiado lejos y esto llega a su fin.

—¿Tú nos acusas de inhumanidad? —gritó Lacklon exasperadamente—. Fuiste el primero en...

—¡Silencio! —cortó Yardux—. Mi descubrimiento era sólo para prevención de acciones verdaderamente criminales, fuesen de hombres sencillos y corrientes, fuesen de políticos de alto fuste. Pero

nunca para someter a la humanidad a un abyecto control, control que ahora se hubiera hecho infinitamente más rígido, de haber conseguido ocupar mi puesto. Desecha tus sueños de ser el Número Uno, Lacklon, porque dentro de unos instantes no serás siquiera ni el cero.

Lacklon sonrió despectivamente.

—¿Me vas a castigar tú, viejo miserable?

Avanzó un paso hacia la silla, con las manos extendidas hacia el fláccido cuello de Yardux, pero no llegó a tocarlo siquiera.

Un rayo de luz ondulante, de vivísimo resplandor, brotó del brazo derecho del sillón flotante. Lacklon lanzó un grito ahogado, se contorsionó un poco y cayó al suelo, fulminado por la descarga eléctrica.

Yardux se encaró con sus visitantes.

—Mi descubrimiento fue mal empleado y yo fui demasiado confiado con los hombres que habían llegado al gobierno del planeta. Ahora, cuando abandonéis esta residencia, destruid todas las computadoras de registro de actividad mental. Que nadie vuelva jamás a penetrar en la mente de otra persona… a no ser por consentimiento del propio interesado.

Hart asintió.

—¿Querrán obedecer esta orden tus consejeros? —preguntó.

Yardux asintió.

—Estoy seguro de ella. ¿No has declarado antes que hay una corriente de pensamiento muy favorable a la destrucción de esas máquinas?

—Es cierto —reconoció el joven—. Pero tú…, usted…

Yardux sonrió.

—Ya he dejado de ser el Número Uno —contestó—. Que el siguiente Número Uno sea elegido libremente por los hombres y no por una computadora.

Fijó la vista en el ennegrecido cuerpo que yacía a sus pies y añadió:

—Creo que ha sido una de mis mejores obras.

Hart pasó un brazo por los hombros de Fulvia.

—Nos vamos —dijo—. ¿Quieres algo de nosotros, Yardux?

El anciano sonrió.

—Unos jóvenes como vosotros, ¿qué pueden necesitar de mí, sino mis mejores deseos? —contestó.

Hart y sus acompañantes abandonaron la residencia muy impresionados.

—¿Qué hará ahora Yardux? —exclamó Irma.

—Ya es muy viejo —dijo Cairmont—. Pero con lo que ha hecho es más que suficiente.

—Recuerden que hemos de destruir las computadoras —manifestó Hart—. Y después...

Miró a Fulvia y la estrechó contra su pecho.

—Haraz te puso en mi camino al manipular las decisiones de la computadora de empleos —dijo.

—De modo que fue él —exclamó Fulvia, asombrada.

—¿Podría haber sido de otra manera? Pero no hablemos más de esto. Tengo pendiente una invitación que te hice tiempo atrás.

—No me acuerdo —dijo ella.

Hart sonrió.

—Vas a convertirte en una errática —profetizó.

—No hay objeción, querido; pero, ¿cuál es la invitación?

—Un baño en el río. Luego una hoguera y una pierna de venado asado.

—Es un programa estupendo —palmoteó Irma.

—Volvemos a la vida primitiva —dijo Cairmont.

—¿Lo lamentarás, Fulvia? —preguntó Hart.

—¿Se puede lamentar seguir para siempre al que va a ser mi

Número Uno? —contestó Fulvia alegremente.

Hart se echó a reír. Descendieron la cuesta, viendo a lo lejos brillar las luces de la urbe.

Eran luces de esperanza, luces que alumbraban el renacimiento de una nueva época para todos.

Había un edificio que destacaba sobre los demás. Pronto quedarían apagadas sus luces, cuando fuesen destruidas las máquinas que controlaban las mentes de los humanos.

FIN